



SOFÍA DALESIO

VALENTINO

SAGA PANDORA

LIBRO II



Nova Casa Editorial



AGRADECIMIENTOS

Es extraño tener que escribir de nuevo esto. Han pasado años desde que creé a Emma, muchas otras historias le han seguido, muchos otros protagonistas también, cada uno adaptándose a lo que yo necesitaba en aquel momento, cada uno acompañando a una diferente yo de distinta edad. Pero no hay una sola vez, en que no me siente frente a frente con Em, que no sonría.

Escribo personajes que me inspiren a ser mejor persona, que logren enseñarme a ser como ellos, y por eso mismo Emma es tan importante para mí. Me enseñó a confiar en mí misma y expresar mis ideales. Y tal vez, por eso mismo, me hace tan feliz que ella haya sido la primera en ser publicada. Sin importar el tiempo que pase o cuánto crezca, siempre estaré agradecida con ella por animarme a dar ese primer paso de creer en mí.

Por supuesto, nada esto sería posible sin el enorme apoyo de personas reales. Mi hermana y su infinita paciencia al momento de escucharme divagar, sin importar el horario, sobre historias y lectores, y reacciones de lectores ante las historias. A mi mamá y su ciega fe en mí, incluso cuando yo no creo ni la mitad de las cosas que dice que me van a suceder con mis historias. A mi papá por acompañarme a todas partes y ser el fan número uno con su cámara durante presentaciones, aunque luego no me pase ninguna foto. A mi novio y su incondicional apoyo, porque para él cualquier cosa que haga será grandiosa sin importar cuánto le repita que exagera.

Gracias a mi tío por su siempre presente acompañamiento legal, y al resto de mi familia por creer tanto en mí. Gracias a todos esos amigos que entendieron cuando me daba de baja de una salida por tener que hacer algo relacionado a la escritura, y siempre tuvieron su modo de ayudarme en esta extraña aventura.

No pueden faltar mi dúo favorito de profesores, Monsieur Michelet y Madame Devriendt, con cada año solo me percató más de cuánto me enseñaron al momento de leer y escribir.

Sigo siendo una chica de Wattpad, sigo amando compartir cual historia nueva tenga en la plataforma y leer las reacciones de los lectores. Y este libro es también para ellos, porque las páginas no alcanzarían para expresar todo lo que me hacen sentir y cuan agradecida estoy con su cariño.

De nuevo, gracias a Joan Adell por seguir creyendo en esto tanto como yo. A Daniel García y a todo el equipo de Nova Casa por todo el trabajo de edición detrás. A Ayelén Vegagil Espósito, quien no deja de sorprenderme con sus diseños.

Y por último, pero no menos importante, a ti. Creo profundamente que ninguna historia viviría sin un lector, sino solo sería algo dentro de mi cabeza. Gracias por escoger de nuevo apoyarme y acompañar a Emma en una segunda aventura, espero la disfrutes tanto como la primera.

Xoxo,

SOFI

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	13	CAPÍTULO 11	167
CAPÍTULO 2	25	CAPÍTULO 12	185
CAPÍTULO 3	39	CAPÍTULO 13	201
CAPÍTULO 4	53	CAPÍTULO 14	217
CAPÍTULO 5	65	CAPÍTULO 15	247
CAPÍTULO 6	85	CAPÍTULO 16	267
CAPÍTULO 7	105	CAPÍTULO 17	287
CAPÍTULO 8	121	CAPÍTULO 18	303
CAPÍTULO 9	135	CAPÍTULO 19	321
CAPÍTULO 10	149	CAPÍTULO 20	339
		DE GATOS NEGROS E INFORTUNIOS	353



*Para Max,
por ser la mejor almohada del mundo
y el perro más paciente que existió,
y por haber entrenado bien a Bond para acompañarme luego.*





—¡Lindos juegos de ingenio hace Lisandro! Pero mal quedarían mis maneras y mi orgullo si Hermia pretendiera decir que Lisandro la ha engañado. Sin embargo, dulce amigo, por amor y cortesía, tiéndete un poco más allá, por pudor humano; tal separación, bien puede decirse, conviene a un soltero virtuoso y una doncella. Quédate lejos por ahora, y buenas noches, dulce amigo: no cambies jamás tu amor mientras no acabe tu dulce vida.

Puse los ojos en blanco al sentir el ligero golpe en mis costillas y contuve una mueca de dolor. Quizás debería haberle advertido a Cam respecto a la paliza que había recibido el día anterior durante mi clase de boxeo. Tan solo había sido un segundo de distracción, un latido de corazón que había fallado y costado la pelea. Intentaba no pensar en lo sucedido, sabía que era imposible y no debería esperar algo así, mas era inevitable. El verano podía haber terminado, pero lo ocurrido era difícil de olvidar.

—Deja de repetir eso, sabes tus líneas a la perfección; como siempre —dijo ella.

—Es una audición, Cam. ¿Tienes idea de cómo Maurice se toma las audiciones? Si no logro hacerlo bien es posible que la pase peor que en Auschwitz. Además, quiero superarme a mí misma.

—No hay modo de superar tu actuación de Julieta. Hasta yo creí que su Romeo había muerto. Todavía sigo sin entender cómo lo hiciste, si no te conociera mejor diría que viviste una situación así. Maurice te dará el papel que quieres, sabes que será así.



Entonces, deja de murmurar las líneas en medio del bus. ¡Las personas nos miran!

Contuve una sonrisa ante su dramatización, pero el fantasma del pasado se había apoderado de mi corazón. Si Cam me conociera mejor... Si conociera mejor a mi familia... De pronto toda mi vida en sí parecía una farsa, demasiado fácil y sencilla, inocente como mi mejor amiga sentada a mi lado.

Miré por la ventana para no tener que enfrentarme con ella. Casi como si fuera un instinto, mi vista abarcó todas las cosas reflejadas en el cristal. Aquel acto se había convertido, prácticamente, en un reflejo para mí. Del otro lado la lluvia azotaba fuertemente el vidrio y el tránsito de Londres era el disgusto de muchos.

—¿No llegaremos tarde? —preguntó Cam.

—Cuando llueve de este modo hay un retraso promedio de veinte minutos, es por eso que salí antes. Maurice nos espera a las seis y media, llegaré con quince minutos de ventaja —respondí, mi propia voz siendo monótona para mis oídos.

—¿Desde cuándo eres tan metódica con tu tiempo?

Bien, tal vez se me habían pegado algunas costumbres que no me pertenecían luego de lo vivido en París. Como ser perfectamente consciente de cómo el tránsito variaba ante el mínimo cambio climático. O el hombre sentado al otro lado que fingía leer el periódico cuando en realidad no me había quitado la vista de encima y tenía un auricular/comunicador en su oreja derecha por lo que ladeaba ligeramente la cabeza en aquella dirección para ocultarlo.

—Tan solo quiero controlar mejor mi tiempo, el instituto empieza mañana.

—Sí, no necesito que me recuerdes aquello —dijo Cam con una mueca—. Entonces, ¿tu hermano ya empezó la universidad?

—Eso supongo —respondí, simplemente.

Sería demasiado pedir que mi hermano fuera un joven normal de veinte años estudiando tecnología, con sus días buenos y malos y todo lo que un hermano mayor implicaba. Ethan estaba muy lejos de ser normal.

El hombre continuaba observándome por encima de su cubierta, atento a cada movimiento y palabra de mi parte. No era el primero, ya había notado otros antes y mis capacidades para detectarlos tan solo mejoraban con los días. Estaba cansada de la vigilancia, que me siguieran a donde fuera y controlaran con quienes me juntaba, de sentir siempre un ojo sobre mí.

El bus se detuvo en Picadilly Circus y tomé rápido mi decisión. Por favor, era tan solo una adolescente. Y lo único que quería era una vida normal y corriente sin nada de esto. ¡Merecía un poco de privacidad! No estaba haciendo nada malo. Tomé a Cam de la mano sin pensarlo y la miré seriamente.

—Aquí nos bajamos —dije.

—¿Qué? Pero creí que nuestra parada era la próxima. ¡Y mira cómo está afuera!

Aquello no importaba, solo quería sacarme al hombre de encima. Me puse de pie y tiré de ella contra cualquier protesta. Bajamos corriendo del bus para no pasarnos. Apenas pude contener la sonrisa ante la reacción del hombre, pero él no logró bajar al mismo tiempo que nosotras y el bus partió. Todo eso, y Cam no había notado nada. Nadie lo había hecho. Nadie se había fijado en el sujeto que casualmente se había subido en la misma parada que yo y ahora había perdido.

Lamentablemente, Cam tenía razón respecto al clima. El cielo era tan oscuro como la misma noche y la lluvia caía fuertemente. Me apresuré en abrir mi paraguas y Cam se refugió debajo conmigo. Estaba bien, perfecta, impecable como siempre.

El sombrero de lluvia que llevaba protegía mi cabello y el entallado sobretodo mi cuerpo. Mis Hunter se hundieron en un charco mientras caminábamos.

Al igual que cualquier día normal y corriente, Picadilly Circus era un caos de personas. La lluvia tan solo hacía que la multitud se volviera más salvaje y agresiva. Todos estaban apresurados, todos corrían para ponerse a salvo del hostil clima. Cam y yo nos las arreglamos para atravesar el lugar. Los ruidos de la tormenta eran ensordecedores. El cielo se volvió completamente blanco en un momento seguido de un fuerte trueno que hizo temblar todo. Era imposible distinguir algo por tal caos de multitud o por tan salvaje tormenta.

Creí escuchar un grito, no estaba segura a causa del ruido. Me detuve y miré sobre mi hombro tan solo para ver una masa de cuerpos amontonarse en un lugar. Cam tomó mi brazo y tiró de mí para que continuáramos avanzando. No era bueno quedarse mucho tiempo en medio de este despiadado clima.

—Vamos, Emma. No quiero estar un segundo más en medio de la lluvia. Debimos haber tomado un taxi. ¿Qué tienes contra ellos?

—No voy a pagar un taxi cuando se viaja perfectamente bien en bus y, además, un poco de ejercicio no hace mal. Me gusta caminar —respondí—. Y la lluvia no está tan mal.

—¿Que no está tan mal? —exclamó ella y casi como si fuera para agregarle efecto, un rayo atravesó el cielo.

Cam era dramática y exagerada por naturaleza, el gen del escándalo debía estar en su ADN o algo así. Su padre era un *paparazzi*, se dedicaba a desentrañar cada secreto de los famosos y montar un gran circo a partir de un sencillo detalle. No era un trabajo que yo apreciara mucho, no cuando estabas metida en el mundo del espectáculo también y veías cómo eso afectaba a las estrellas. Los rumores y chismes podían llegar a ser cosas muy

cruelles, las burlas y los insultos siempre llegaban por más que no se demostrara. Mamá había tenido sus encuentros con él para defender a sus clientes.

Mamá también tenía una estricta política de cero taxis. Ella no confiaba para nada en subirse al auto de un extraño y pagar para que te llevara a algún lugar y yo estaba de acuerdo con ella, ahora más que nunca. Así que era viajar en transporte público, seguro transporte público con cientos de testigos, o disponer del chofer privado de mamá, aunque aquello solo sucedía cuando ella me mandaba a buscar o íbamos juntas a algún lado.

Corrimos las pocas cuadras bajo la lluvia hasta llegar al teatro. Cerré el paraguas apenas entramos y ambas nos sacudimos para sacarnos el agua de encima. Los asientos, todos de un precioso terciopelo rojo, dominaban el lugar y el pequeño corredor alfombrado que llevaba hasta el escenario estaba frente a nosotras.

El aroma a teatro nos recibió. Maravilloso y suave, nostálgico y mágico. ¿Había algo mejor que la mezcla de las luces, los asientos, los vestuarios y la utilería? Por no mencionar los libretos, aquel perfume era magnífico. Todo estaba a oscuras y vacío a excepción de las pocas luces encendidas en el escenario y un reducido grupo de personas sentadas delante, audicionando o a la espera tras bambalinas.

—Este lugar parece sin vida cuando no está el público —comentó Cam—. ¡Qué deprimente! ¿Son todos los ensayos y audiciones así?

—Que no haya un público no significa que este lugar no tenga vida o no haya magia. De todos modos, ¿qué haces aquí? Creí que no te volverías a acercar a un ensayo o algo así luego que Maurice casi te asesinara al saber lo que estabas haciendo. Con suerte puedes entrar a ver una obra.

Maurice, o *monsieur le directeur*, era una persona demasiado intensa a falta de otro adjetivo para describirlo. Cruel, despiadado,

no dudaba en destruir los sueños de cualquiera con sus zapatos negros en punta. El hombre era un genio, el único director capaz de conseguir que todas sus funciones siempre estuvieran agotadas y sus créditos extras para los alumnos del instituto eran tan altos que podías pasar el año con honores solamente con ellos. Claro, nadie nunca aclaraba que conseguir un papel y conservarlo teniendo a Maurice como director era más difícil que robar las joyas de la corona.

Cam no era una actriz, pero no había dudado en seguir la profesión de su padre. Había intentado una vez desentrañar los secretos de los actores de la compañía de Maurice para publicarlos en el periódico escolar. El hombre no estuvo nada contento cuando la descubrió tomando fotografías. Si Cam se había salvado había sido por ser rápida en correr. Desde entonces ella no había vuelto a poner un pie en el teatro a menos que fuera para ver una presentación.

—Será mejor que ese loco no me vea aquí o estaré muerta —dijo ella y sonrió ampliamente—. Tengo una cita.

—¿Sigues con ese español? —pregunté y ella asintió con entusiasmo repetidas veces—. ¿Tienes una cita con él?

—*Sip*. Me dijo de encontrarnos aquí así que por eso vine contigo —respondió Cam.

Mi mejor amiga. La única vez que me acompañaba a una audición y todo porque un chico le había dicho este teatro como punto de encuentro. ¡Increíble! Cam y el español llevaban algo así como... ¿Cuatro días? Pero ella estaba completamente obsesionada con él y no dejaba de hablar al respecto. De lo guapo que era, o amable, o educado, o encantador, o mil adjetivos más. Y yo simplemente me había sentado en la cama de mi dormitorio a escucharla hablar durante horas sobre eso cuando se había quedado a dormir la otra noche. Era torturador.

No me malinterpreten, no estaba mal porque mi amiga estuviera en algo con un chico ni nada de eso. Se suponía que era parte del código de amigas o algo así, un acuerdo tácito en donde aceptabas que tu mejor amiga se obsesionara con un chico y no te disgustabas para nada, era tan solo que su felicidad me traía tristes recuerdos.

—Tendrás que presentármelo algún día o comenzaré a creer que lo estás inventando todo —dije.

—¡Él es real! —exclamó ella—. Seguro que tendrá tu aprobación, te encantará. ¡Iremos a tomar un helado juntos!

—Lláname apenas estés en tu casa de vuelta y cuéntame todo.

Le guiñé un ojo antes de darme vuelta y alejarme. Cam se quedó atrás, esperando a quien ella ya aseguraba se trataba de su novio. Un extraño con el que se topó a la salida de la estación de trenes cuatro días atrás y ella ya tenía planeados los nombres de sus futuros hijos. La mezcla de hormonas y corazón podía llevar al adolescente promedio a un delirio psicológicamente cuestionable.

Dejé el paraguas detrás del escenario junto con mi sobretodo y mis botas. Me mantuve a un lado, observando al joven de oscuro cabello audicionar para el papel de Puck. Maurice estaba sentado en la primera fila, como siempre. Sus ojos tan serios y agresivos como los de un águila. Él no dijo nada durante la actuación, si no había interrupción de su parte entonces podías agradecer de vivir para ver el sol. Se pasó una mano por el bucle de su fino bigote. Algún día ese hombre dejaría de lucir como una caricatura francesa.

Un consejo. ¿Quieres tener una vida larga y sana? Nunca te rías de Maurice por su aspecto, aun si es la representación viva del estereotipo francés.

Steve Maroon golpeó mi hombro al pasar a mi lado. No había nada de accidental en ese gesto. Tampoco en que yo levantara el pie y lo hiciera tropezarse ya entrando mal en escena. Me dedicó una mirada de odio al recuperar el equilibrio y yo le sonreí con suficiencia. Al parecer él no había superado lo de comienzo del verano. No era mi culpa si era un imbécil. El capitán del equipo de natación no aceptaba haber sido humillado y dejado por una chica. Él siempre tenía que ser el rompecorazones, no al revés.

El joven en escena hizo una reverencia y le cedió su lugar a Steve. Andy me sonrió al verme a un lado y caminar hacia mí. Hasta hacía unas semanas mi relación con el jugador de *basketball* no había ido más allá de reconocerlo como miembro del equipo del instituto y saber que cursaba el mismo año que yo. Él no era una persona muy sociable o que sobresaliera, pero había resultado ser un excelente Romeo, no podía negarlo.

—¿Puck? Es una lástima, yo esperaba que audicionaras para el papel de Lisandro —dije.

—Quiero algo más importante —respondió Andy—. Puck está dentro de mis opciones de nuestra categoría por edad.

—Tienes suerte, yo estoy atrapada entre Hermia o Helena.

—¿Audicionarás para Hermia?

—Es mejor que Helena. Solo no me veo de rodillas rogando por el amor de un hombre. Me siento más como Hermia, desafiando lo que las autoridades quieren para ella y eligiendo al hombre que ama en vez de al que quieren obligarla a casarse.

—Chica de corazón. ¿No es así? No lo hubiera esperado de ti. ¿Quieres ir por un café más tarde? —preguntó Andy y se rascó con incomodidad la nuca—. Ya sabes, mientras esperamos que Maurice publique la lista de seleccionados.

Chica popular. Miembro del equipo de *basketball* cuyo nombre nadie conocía. Era sencillo saber por qué se mostraba tan

tímido al preguntarme algo así. Andy y yo habíamos llegado a ser bastante cercanos en el verano con todas las representaciones y ensayos. En escena habíamos sido perfectos. Pero esos habían sido los personajes. Fuera de escena habíamos mantenido algunas conversaciones, tímidas y torpes de su parte. Era un buen chico así que le sonreí.

—Me encantaría. Tan solo espera a que termine mi audición.

—Intenta no enfadar a Maurice —dijo él.

Le guiñé un ojo, haciendo que se sonrojara y se moviera con torpeza casi tirando un jarrón de flores. Le sonreí y entré en escena una vez que estuvo libre escuchando más ruido detrás de mí; algún día Andy tendría más seguridad en sí mismo. Pero era sincero, y eso era lo que me gustaba de él. Me paré en el medio, justo frente a Maurice. Sus ojos me escanearon y por más que su expresión no se inmutó, pude ver la complacencia en su rostro. Llevaba años siendo actriz y trabajando para él, y Maurice sabía que mi trabajo siempre era excelente.

—¿Entonces, Hermia, *petite*? Ese es el papel que he pensado para ti —dijo él—. ¿Crees que podrás superar lo que lograste con Julieta?

—Si no fuera posible no estaría aquí y me habría retirado de la actuación a la joven edad de dieciséis años tras mi éxito como Julieta —dije y las comisuras de sus labios se curvaron medio centímetro hacia arriba, lo más cercano a una sonrisa de su parte.

—*Vas-y! Page cinq, ligne douze!* —dijo *monsieur le directeur*.

Abrí el libreto y me fijé en el diálogo que me había pedido. Mi corazón se saltó un latido mientras lo memorizaba y pensaba cómo darle vida a Hermia. Cerré los ojos, respiré profundamente y conté hasta tres. Era Hermia. Mi padre me quería casar con Demetrio. Estaba enamorada de Lisandro. La ley no aceptaba mi amor por Lisandro. Sabía cómo se sentía Hermia. Así que

abrí los ojos y le di rienda suelta a mi corazón que estaba en el teatro, en cada sencillo segundo que estaba sobre escena y tenía que hacer una actuación.

—*Mi buen Lisandro, te juro, por el arco más fuerte de Cupido, por su mejor flecha de cabeza de oro, por la sencillez de las palomas de Venus, por lo que entreteje las almas y hace crecer los amores, y por ese fuego que quemó a la reina de Cartago cuando se vio hacerse a la vela al traicionero troyano: en ese lugar donde me has citado mañana me encontraré fielmente contigo.*

Sentí el deseo en mi voz, el compromiso, la esperanza y la promesa de estar juntos y encontrarnos, volvernos a ver. Sacudí apenas mi cabeza para quitarme de la piel de Hermia y me fijé en Maurice. Él aplaudió, una sola y única vez, un seco sonido. Mi mandíbula casi cayó al suelo. Maurice nunca aplaudía a nadie, ni siquiera a los actores que llevaban con él el doble de mi edad.

—Entonces, ¿dónde está él? —preguntó Maurice.

—¿Qué? —pregunté incrédula.

—¡Tu Lisandro! *Mon Dieu*. Lisandro. Lisandro. Necesito un Lisandro —gritó él y se puso de pie—. ¿Acaso no hay un hombre con una pizca de talento necesario en este teatro?

—¡Lo hiciste genial, Em!

Miré más allá a Cam en el fondo junto a la puerta. Ella agitaba fervientemente una mano para saludarme luego de haberme gritado. Había un joven a su lado. Alto, dorado cabello en perfectos bucles. La luz apenas alcanzaba hasta ellos, pero creí verlo a él aplaudiendo. Bien, entonces el apuesto español por el que Cam estaba totalmente colada era real.

Maurice se dio vuelta y les gritó mil insultos en francés mientras decía que se largasen. Cam no perdió tiempo en correr fuera, tan lejos del director y tan rápido como pudiera, y su pareja la siguió. Él suspiró antes de llevarse una mano a la frente y negar

con la cabeza mientras murmuraba algo sobre adolescentes des-
cerebrados y sin talento.

Me bajé del escenario a tiempo que otro joven tomaba mi lugar para hacer su audición. Maurice hablaba y maltrataba un poco a su nueva asistente de segundo año. Me dejé caer en uno de los asientos de la primera fila mientras analizaba al joven. No, definitivamente no era un buen Lisandro, Maurice lo despedazaría cuando terminara de hablar. Pobre de él, *monsieur le directeur* no tenía piedad por nadie.

Una chica se deslizó por el borde de la escena y luego saltó con una gracia infinita hasta terminar como un gato con sus dos pies sobre el respaldo de un asiento cercano. La miré sorprendida y ella sonrió por lo bajo. Caminó con un perfecto equilibrio sobre los bordes de los respaldos para luego dejarse caer en el asiento junto a mí. Silenciosa, grácil, hermosa y traviesa. Su rubio cabello era unos tonos más claros que el mío y estaba recogido. Sus ojos azules eran tan oscuros como la noche y estaban delineados con negro. Era más alta que yo, delgada y de piel clara.

Nunca antes la había visto. La compañía de Maurice contenía actores de todo tipo y edades. Esta chica debía tener veinte años por lo que deseché, enseguida, la extraña sensación de haberla cruzado antes en algún lugar; el instituto no era opción.

—Lamento lo de mi pequeña demostración, me gusta divertirme —dijo ella, su acento francés era apenas perceptible en su voz—. Diana.

—Emma. ¿Audicionarás?

—¿Yo? No, el teatro no es lo mío —respondió ella y me sonrió con encanto—. Me gusta más la acrobacia. Estoy aquí como asistente del director de escena. Es solo un trabajo temporal, buena paga y eso. Hiciste un gran trabajo allí arriba. ¿Llevas mucho tiempo actuando?

—Sí, algunos años. Me gusta la actuación. El teatro es mi vida.

—¿Y quién eres realmente?

Por un momento la seriedad e intensidad en su mirada me hizo temer que ella supiera más de mí de lo que parecía. Pero entonces sonrió ampliamente, con encanto, como si nada hubiera sucedido.

—No eres Hermia, pero me hiciste creer que lo eras. Eres una buena actriz. Demasiado buena —dijo ella y se deslizó más cerca de mí—. ¿Hay algún Lisandro con el que prometiste reunirte? ¿Es esa la razón tras tan excelente actuación?

—¿Quién eres? —pregunté.

—Chica de intercambio —respondió Diana—. Estoy en Londres por unos días y me dijeron que aquí podría conseguir trabajo. Lo siento, quizás estoy yendo demasiado rápido. Es solo que me pareciste una buena chica y soy muy curiosa. ¿Tienes hermanos?

—Uno más grande. Ethan.

—¿En serio? ¡Qué interesante! ¿Y dónde está él?

No lo sabía. ¿China?

—Estudia en una universidad en otra ciudad, así que solo lo veo en vacaciones.

—Es una lástima. Sé lo que se siente estar sola —dijo ella—. Pero no importa, para eso están los dulces y los *dvd's*. ¿Has visto la última película de Johnny Depp?

Mi desconfianza inicial se esfumó mientras ambas nos sumíamos en una típica conversación sobre actores, películas, moda. Cosas normales y corrientes. Diana solo había sido curiosa, como cualquier otro. No podía desconfiar de cada persona que me cruzara en mi vida y preguntara por mí.





Había personas que simplemente no soportaban el sonido del despertador en la mañana y que si se trataba de una canción pasaban a odiarla absolutamente. Yo no era una de ellas. Así que cuando «Thnks fr th mmrs» comenzó a sonar a las siete en punto como debía, me desperté y me resigné al primer día de instituto.

Salí de la cama e hice una mueca de dolor. Mi cuerpo se estaba vengando por cómo lo había castigado anoche en el gimnasio. Sabía que el pobre saco no tenía la culpa de nada, pero había necesitado algo sobre lo cual descargar. Golpearlo tan fuerte como podía hasta que el dueño me había mandado a casa diciendo que ya era demasiado tarde y era suficiente me había parecido una buena opción.

Subí el volumen del iPod y salí de mi habitación. El departamento no era muy grande, aunque tampoco era necesario mucho espacio, ya que estaba la mayor parte del día vacío. Había una pequeña sala de estar, una cocina bien equipada, un corto pasillo con dos dormitorios a la izquierda y un baño a la derecha, y al final el dormitorio de mamá con su lujoso baño dentro incluido.

Crucé el pasillo y me interné en el baño, que la mayor parte del año era únicamente mío. Cepillé mis dientes, lavé prolijamente mi rostro. Me detuve al ver mi reflejo, la suave toalla aún en mis manos. Miré a la chica frente a mí, definitivamente no era la misma estudiante que había asistido el último día. Esta chica sabía más de lo que debía, había visto y vivido cosas que nadie más conocía, se había relacionado y enfrentado con personas que alguien normal jamás sabría de su existencia.



Ni una gota de maquillaje encima, mi pijama arrugado, mi cabello aún por peinar y, sin embargo, un joven alguna vez me había visto así y me había dicho que era linda a pesar del poco tiempo conociéndonos y la gran tensión entre nosotros. La fina cinta roja atada alrededor de mi muñeca derecha llamó mi atención. Sacudí mi cabeza queriendo deshacerme de aquellos pensamientos y dejé la toalla.

Volví a mi cuarto. Mi uniforme, planchado e impecable, me esperaba colgado de una percha. Paul, el asistente de mamá, se había ocupado de tenerlo listo para hoy. Una prenda azul, una prenda blanca y una prenda roja. Qué colores tan originales para tratarse de un instituto británico-francés. Me ocupé primero de arreglar mi cabello y luego de vestirme. Miré las medias y los zapatos que debía ponerme y luego miré mis *L&V*. La decisión fue evidente. No importaba, empezaría el primer día con reclamos respecto a mi vestimenta si algún preceptor me atrapaba, pero nadie me quitaría mi estilo.

Me detuve frente al espejo de mi dormitorio para maquillarme y terminar de arreglarme. Anillos, brazaletes, mis lentes oscuros *Vogue*, mi mochila de cuero con los libros dentro. Acomodé una pelota de tenis detrás y atrapé un cabello al cerrar la puerta. Antes no había visto el sentido en esto, nada más que un juego que tenía con mi hermano. Ahora sí, y no había una vez que saliera sin hacerlo.

Crucé el pasillo escuchando el sonido de las noticias, el televisor pantalla plana que había en la sala frente al sillón de cuero negro estaba encendido al igual que cada mañana. Me paré al ver al hombre reportando en Picadilly Circus la tarde del día anterior. Alguien había muerto.

No podía ser.

Recordaba el cielo ennegrecido por la intensa tormenta, los truenos haciendo temblar el mundo, una multitud alterada

reuniéndose en un punto mientras se comunicaban mediante gritos. Yo había estado allí, en aquel momento, y no había sabido lo que sucedía ni me había quedado para averiguarlo.

Permanecí quieta mientras escuchaba sin poder creerlo. La víctima se había desplomado y muerto al instante de un disparo en la cabeza. Había sido asesinado y el reconocimiento me golpeó como una bala al escuchar su nombre y ver una fotografía de él. Conocía a ese joven. Había terminado el instituto el semestre pasado, su hermano estaba en mi mismo año.

Sentí mi cuerpo muy frío de pronto, pero mi mente no se quedó atrás. El asesino había sido inteligente. Había aprovechado los fuertes truenos de la tormenta para ocultar el disparo y la conmoción de la multitud por resguardarse de la lluvia para ocultarse y pasar desapercibido. ¿Qué mejor escenario para realizar un asesinato? Podría haber sido cualquiera y con tantas personas juntas y empujándose a causa de la prisa, ni las cámaras de seguridad podrían haber captado al asesino y atraparlo. Este no era el trabajo de un aficionado, no había nada de normal en este homicidio.

Un ruido me trajo de nuevo a la realidad y reaccioné. Olía a tocino frito. Stelle jamás cocinaba tocino por las mañanas, difícilmente ella cocinaba algo que incluyera freír. Eso tan solo podía significar una cosa, solo había una persona capaz de algo similar.

Me paré bajo el marco de la puerta que llevaba a la cocina y observé al hombre de espaldas a mí. Mantenía la cabeza baja y sonreía mientras terminaba de cocinar el tocino en la sartén y lo servía en un plato. Tenía el mismo cabello color miel que yo y su piel estaba bronceada. Vestía casualmente con unos pantalones marrones y una camisa con las mangas dobladas por encima de sus codos.

—Buenos días, Emma —dijo él y se dio vuelta para mirarme con sus alegres ojos celestes—. Feliz primer día de instituto. Te traje un regalo de mi último viaje.

—Hola, tío John —dije y crucé los brazos sobre mi pecho antes de apoyarme contra el marco de la puerta y mirarlo molesta—. Así que dime... ¿Estás aquí por cuenta propia o también soy uno de tus trabajos?

Enseguida la mirada del hombre se endureció y sus ojos dejaron de ser tan amables. Podía contar con una mano las veces que el tío John no había sido el hombre extremadamente gentil y amoroso con sus sobrinos al que estaba acostumbrada. Solía esperar más que nada sus imprevistas visitas, cada vez acompañadas de un regalo traído de alguno de sus viajes por trabajo. Empleado de una multinacional. Sí, seguro.

—Ya veo, el trabajo viene con el hombre —dije y él estrechó sus ojos—. ¿Qué haces aquí, John?

—No te conviene jugar con fuego, Em.

—¿Adivina qué? Ya me quemé. Dejemos este juego de apariencias de lado. Sé quién eres y sé que me han estado vigilando también.

—Mis superiores no saben si eres de confianza o no.

—Firmé un acuerdo de confidencialidad absoluta. No he dicho ni pienso decir nada. Ya me he sometido a todas las pruebas e investigaciones que ustedes han querido.

Me contuve de decir que también era consciente que tanto mi teléfono como cualquier medio de comunicación que tuviera debían estar intervenidos y que siempre había al menos un agente siguiéndome y vigilándome. La información era lo más valioso que existía y no debía soltarse totalmente sin más.

—Tan solo estamos tomando las precauciones debidas según el protocolo para una persona normal que sabe más de lo que debería.

—No. Están tomando el trato para una *Bright*. Solo porque las dos mujeres de esta familia que estuvieron en mi situación le complicaron las cosas a tu gente al meter la pata, no significa que yo vaya a hacer lo mismo. A diferencia de ellas, yo cumplí con la misión.

—Te vieron con este chico. No es algo que dejarán pasar tan fácilmente.

—El error de ustedes no es mi error. Yo solo creí lo que ustedes me dijeron.

—¿Qué tan solo-profesional era su relación?

—¡Recibió una bala por mí! Si todo esto es por haberlo visitado mientras estaba en el hospital, lo siento. Mi educación dice que si una persona casi muere por ti lo mínimo que puedes hacer es ir a verlo mientras se recupera.

—Era un doble agente, no olvides eso.

—Oh, créeme que no lo haré. Después de todo, me dijeron que estaría en buenas manos y estuve todo el tiempo en compañía de un doble agente.

—¿Sabes algo de él? ¿Ha intentado comunicarse contigo?

—¿Siguen sin encontrarlo ni tener pista de él?

—Dicen que está en Barcelona.

—¿Quién dice?

—Una fuente confiable —respondió el tío John—. ¿Sabes algo de él?

—Les he dicho todo lo que sé sobre Klaus Nicholson.

—Es un criminal, Emma, un peligro para Inglaterra y el mundo.

—Lo último que supe de él fue que estaba en el hospital, recuperándose después de haber recibido una bala por mí y salvarme la vida. Y eso fue antes que Ethan me dijera dos días después que era un doble agente.

Le sostuve seriamente la mirada a John manteniéndome firme en mis palabras. Vamos, era mi tío, me conocía de toda la vida. Pero ya no sabía a quién conocía y a quién no. Si había aprendido algo durante mi experiencia en París, era a no confiar en los de su tipo.

—Muy bien. Comprendo perfectamente —dijo él y su expresión cambió de nuevo—. ¿Quieres tocino?

Lo miré a él, miré la mesa servida para dos y así sucesivamente durante unos segundos. Se equivocaba si creía que podía aparecer aquí como si nada, actuar como el tío bueno cocinando el desayuno y trayéndome un regalo, luego interrogarme como el policía malo y por último volver a ser el policía bueno. No pensaba desayunar con él.

—Stelle estará aquí en cualquier momento.

—Le he dado el día libre a Stelle —respondió el tío John.

—Entonces, puedes esperar a que Ethan despierte —dije y sonreí al sorprenderlo—. Mamá pasó la noche fuera, otra vez. Sin embargo, escuché la puerta a las cinco y no fue Stelle. Eso y que alguien entró en el dormitorio de Ethan y al mismo tiempo el dormitorio de mamá. Viniste con él durante la noche y dormiste aquí. ¿Cómo estuvo China?

—No te dije que estuve en China.

—Tampoco lo acabas de negar. Ethan estuvo en China. Antes de partir estuvo leyendo libros en chino y sé que hace eso para cada destino. Has vuelto con él, entonces has estado con él. Eso y que te has olvidado de cambiarle la hora a tu reloj.

Él miró su reloj y luego a mí. Apenas contuve una sonrisa y guardé el resto de mis deducciones. Lo había sorprendido. Él me subestimaba, creía que seguía siendo la misma chica ingenua e inocente que siempre había sido y él había visto la última vez.

—Es una pena que te hayas negado a esa propuesta —dijo John.

—Quiero una vida normal. Lo que hice en el verano fue solo por mi hermano y jamás lo volvería a hacer. Adiós, John, no puedo llegar tarde el primer día.

—¿No piensas desayunar?

—Sí. En el café de la esquina.

No le di tiempo a responder. Simplemente me di vuelta y partí dejando al agente secreto solo en la cocina. Espías, eran todos igual de desconfiados y odiosos con sus retenciones de información. Y todos estaban sobre mí esperando que hiciera algo incorrecto y fuera la causa de un problema internacional. Según ellos era una *Bright*, una mujer en la que no se podía confiar y una persona de riesgo.

Era increíble cómo el mundo solo se reducía a cubiertas. Ethan con su educación fuera de Londres. Mi tío y su trabajo en una multinacional que implicaba viajes... Y yo, ahora mismo, pretendiendo que no sabía el verdadero motivo por el que John estaba aquí. Espías, no podían vivir sin mentir sobre sus identidades y mantener sus secretos. Un año atrás ni siquiera lo hubiera imaginado. Y si quería mantener mi promesa, entonces debía seguir su juego, si la paranoia por estar siendo vigilada no me enloquecía.

Apoyé la frente contra la puerta cerrada del departamento y cerré los ojos. Respiré profundamente mientras los recuerdos me invadían. Podía controlarlo. No era lo mejor saber que el MI6 tenía un ojo siempre sobre mí, me sobresaltaba ante cualquier detalle y el problema del tacto había resultado peor de lo que había imaginado, pero podía controlarlo.

—¿Emma?

Mi nombre me quitó de mi ensoñación. Abrí los ojos y me di vuelta. La señora Banks estaba en la puerta de su departamento a unos pocos metros. Era una mujer amable, cerca de los sesenta

años. Le sonreí lo mejor que pude y me acerqué hasta ella. Era el tipo de mujer que siempre ofrecía galletas y dulces.

—Buenos días, señora Banks.

—Oh, querida, justo estaba pensando en ti —dijo ella y extendió una mano con una postal—. Temo que he recibido de nuevo tu correspondencia por error. Lo siento, jovencita.

—No se preocupe, señora Banks —respondí y tomé la postal—. Muchas gracias.

—No le diré a nadie —dijo la señora Banks y me guiñó un ojo—. Reconozco a una jovencita con un secreto cuando la veo. Dile a quien te esté mandando estas postales de todos esos bonitos lugares que no tengo ningún problema en ser la intermediaria.

Le sonreí una vez antes de despedirme y tomar el ascensor. Sostuve con aprecio la postal unos segundos y la deslicé dentro de mi mochila para que ninguna cámara la viera. La primera había sido una completa sorpresa, una simple postal de Londres junto con un pequeño paquete conteniendo una cajita musical. La señora Banks era mi vecina de toda la vida. El sábado después del estreno de Romeo y Julieta, cuando había salido para mi clase de galés, la señora Banks me había detenido para explicarme que debía haber habido un error, pero ella había recibido aquel paquete que en realidad debía ser para mí. La cajita musical con la canción de Romeo y Julieta ahora estaba en mi dormitorio.

Más le habían seguido, al menos una por semana. Las esperaba con ansias. Nunca había nada escrito, nunca más que una simple postal a parte de la primera vez. A veces era solo una, a veces eran muchas atadas con un lazo rojo. Sabía que yo estaba siendo controlada y cualquier cosa que fuera mandada a mi dirección debía ser confiscada y examinada antes de llegarme. Pero la señora Banks no tenía su correo bajo la supervisión del MI6.

Y su hija era azafata, por lo que no parecía fuera de lugar que recibiera todas esas postales. Ella era mi cómplice, aunque no lo supiera.

Abandoné el edificio y me apresuré a comprar un café para llevar en la tienda de la esquina. Corrí para alcanzar el bus y una vez que estuve dentro y pagué el boleto, me senté junto a la ventana. Me puse mis auriculares para escuchar música y tomé mi café. Los viajeros estaban todos concentrados en leer los periódicos. Todas las primeras planas eran lo mismo, muerte en Picadilly Circus. Estaba frustrada. Normalmente, programaba el televisor de la sala para encenderse en el canal de las noticias al mismo horario que yo me levantaba y Stelle tenía siempre mi desayuno listo junto con el periódico abierto sobre la mesa en los artículos que ella sabía eran de mi interés. Pero la imprevista visita del tío John me había impedido informarme bien esta mañana.

Saqué mi teléfono y revisé las noticias en línea. No era mi modo favorito, pero era mejor que nada. Economía local y mundial, política, sucesos destacados. Ethan había insistido desde que era pequeña en que me interesara en las noticias. Siempre poniendo el canal informativo en el televisor o hablándome de artículos de periódico mientras desayunábamos. La insistencia de mi hermano me había ganado y había terminado por conseguir lo que deseaba, no había un día que yo pudiera salir sin revisar las noticias por completo.

Guardé el teléfono una vez que terminé. El viaje no duró mucho más. Luego de la terrible tormenta del día anterior, el cielo hoy estaba increíblemente despejado y el sol brillaba. ¿Era mi imaginación, o cada año había más días soleados en Londres? ¿Efectos del calentamiento global? Si aquello en serio existía, nunca faltaban las teorías conspiradoras sobre que era todo un engaño.

El viaje se sintió bien. Rutinario, normal. Ni siquiera presté atención a quienes me rodeaban o busqué algún agente encubierto vigilándome. Me relajé, simplemente era una chica yendo al instituto. Me bajé en mi parada y luego crucé la calle para estar en la entrada del instituto. Me detuve e intercambié una rápida sonrisa con un rostro conocido. El instituto de elite estaba lleno de estudiantes con padres o familiares reconocidos así que entré junto con la hija de un miembro del Parlamento.

—¡Penúltimo año! ¿No es esto emocionante? Es increíble lo rápido que pasa el tiempo —exclamó Clair con entusiasmo—. Por cierto, Em, felicitaciones por el papel. Me dijeron que lo conseguiste. Convencí a papá de ir a ver Romeo y Julieta en su última función y él estuvo fascinado con tu actuación. Lo vi al borde de las lágrimas. Hacía años que no veía a mi papá llorar. Me dijeron que estamos en la misma clase también. ¿Puedes creerlo? ¡Seremos compañeras de nuevo!

Clair era una impresionante máquina de hablar. De no sufrir de pánico escénico, ella podría recitar cualquier monólogo sin tener que detenerse para respirar. Era entusiasta y divertida y, de algún modo, ella siempre lo sabía todo. Tenía sus contactos, o eso decía. Su cabello castaño estaba recogido en una coleta, pero algunos bucles se habían soltado y enmarcaban su pálido y pecoso rostro.

Al momento de entrar ambas ya nos estábamos poniendo al tanto con lo hecho durante el verano. El instituto estaba lleno de todo el ferviente entusiasmo del primer día por los reencuentros y también la resignación de empezar otro año de exámenes, tareas, horas mínimas de asistencia obligatoria. Estaban las típicas amigas viéndose de nuevo, abrazándose y gritando. Los diferentes equipos de deporte volviendo a unirse. Los rezagados arrastrándose por los pasillos.

La adolescencia y las hormonas podían convertir a los humanos en verdaderos salvajes. Un profesor se ocupó de separar a la primera pareja del año con demostraciones demasiado explícitas y públicas. Un grupo de populares ya le estaban haciendo la vida imposible a una chica bajita y con lentes. Y los rumores y chismes no faltaban. Los estudiantes a los lados del pasillo susurraban. Siempre lo hacían.

Divisé a David Cribs caminar en silencio, la cabeza baja mientras todas las miradas estaban en él. Sus ojos lucían hinchados, su rostro pálido, los oscuros arcos demostraban que no había dormido. ¿Cómo era posible que su padre lo hubiera obligado a asistir al instituto con lo que había sucedido? O quizás era aquello lo que David necesitaba, la rutina, pretender que todo era normal y nada había sucedido. Sabía lo necesaria que podía llegar a ser la rutina cuando habías pasado las últimas horas agobiado por los sucesos y sus consecuencias.

No faltó el idiota que hizo una broma sobre él y su grupo de tontos riéndose. David se estremeció y apuró el paso. Miré a Zach molesta antes de pasar a su lado y golpear su cabeza con mi mano. Él me tomó por la muñeca y me detuvo. Me miró con su perfecta sonrisa de jugador de *football*, pero yo me deshice de su agarre y me mantuve firme con mis siete centímetros extras de autoestima gracias a mis zapatos.

—Deberías tener un poco más de respeto —dije—. Su hermano murió ayer.

—Tranquila, Em, tan solo estaba tratando de levantarle un poco el ánimo al chico —respondió Zach—. Es un poco de espíritu escolar. Ese bicho necesita ser más fuerte, resistente.

—Tú necesitas ser más resistente y no vomitar al segundo vaso de Vodka.

Sus amigos rieron y no le di más importancia a Zach antes de dejarlo atrás. Corrí para alcanzar a David, él se había detenido

cerca de una escalera y se apresuró a limpiarse los ojos cuando me vio. No quería que lo viera llorar y no lo culpaba por eso. Clair lo miró con lástima a mi lado.

—No tienes que escuchar a Zach, compensa su exceso de masa muscular con falta de masa cerebral —dijo ella—. Lo siento mucho, por lo de tu hermano. Mi más sentido pésame. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias —dijo él. Fue una respuesta automática, formal, como si viniera repitiendo eso todo el tiempo.

—Yo... No me parece correcto repetirme lo mismo que ya todos te han dicho y sé cómo se siente que las personas te digan eso sin conocer tu pérdida. También alguien me arrebató a una persona muy cercana. Perdí a mi papá a los cuatro años, intento de robo —dije y casi sentí mi voz temblar—. Un tiro en el corazón. Sé lo que se siente, pero encontrarán al culpable.

Él me ofreció una triste sonrisa, lo mejor que pudo hacerlo por cómo se sentía. Lo dejamos para que pudiera estar solo y otras chicas no tardaron en hacer lo mismo al haberme visto. Falsas, superficiales, repitiendo lo que yo había hecho solo porque lo consideraban correcto. Nadie más se atrevió a burlarse luego de cómo había dejado a Zach por hacerlo. Prácticamente formaron fila delante del pobre chico para disculparse y abrazarlo.

Busqué el casillero que me habían asignado este año y me ocupé de dejar todos los libros dentro, al menos los que no necesitaba para la primera hora. Podía escuchar los murmullos a mis espaldas, las miradas, pero ignoré todo. Los rumores y los chismes tan solo sobrevivían si se les daba importancia. Las malas lenguas se cansaban con el tiempo si el sujeto no les prestaba atención.

—Primer día y ya apareces en el periódico escolar junto con lo que habrá en el almuerzo —dijo Clair mirando a las chicas al

otro lado leyendo—. Quién lo diría, hay dos estudiantes nuevos al parecer. Por favor, entidad sobrenatural, que sean *sexy*.

—Hacemos el mismo rezo cada año, Clair, avísame si esta vez te funciona —comenté—. Debería hacerme con una copia del periódico.

Clair asintió. Nuestro periódico escolar debía ser, de lejos, el mejor organizado que existía. Desde los últimos chismes hasta los cambios de profesores y listas de clases, toda la información necesaria para sobrevivir al instituto estaba allí. Y, fuera de eso, seguía siendo una chica demasiado curiosa.

Cam apareció a mi lado y cerró bruscamente la puerta de mi casillero, casi sacándome un grito por la sorpresa. La miré, a juzgar por lo apretados que estaban sus labios ella no estaba nada contenta esta mañana. No me sorprendía, Cam no era fanática del instituto y esta hubiera sido su actitud normal de cualquier primer día de no ser porque sus oscuros ojos llenos de furia estaban dirigidos a mí. Se había cortado el cabello en el verano, ahora el negro llegaba apenas debajo de sus orejas.

—Tú, pequeña y mentirosa perra —dijo ella.

—¿Y ahora qué hice? —pregunté y Cam prácticamente estampó el periódico escolar en mi rostro.

—¿Atrevida escapada a París? ¿Ardiente y desconocido novio? ¿Caricias en un puente? —exclamó Cam—. ¡No me has contado nada! ¡Me dijiste que no conocías a ninguno de los amigos de tu hermano y que no tenía! ¿Y quién es este chico? ¿Cómo te atreves a no decirme nada al respecto cuando yo prácticamente te he contado todo sobre Leo?

—Solo cálmate. ¿Sí?

—¿Calmarme? Has roto el pacto de mejores amigas. ¡Lo nuestro se terminó aquí, Stonem!

Cam estrelló el periódico en mi pecho y luego partió con toda su furia. Ahora comprendía por qué era el centro de atención y todos me estaban mirando y murmurando cosas entre ellos. Hice una mueca y me fijé en el artículo. Bien, me había olvidado que esto pasaría y que alguien nos había visto en París. Debí haber sospechado que Celine no se resistiría de soltar semejante bomba, ella solo había esperado hasta el primer día de instituto para hacerlo.

El timbre sonó, diciendo que debíamos dirigirnos a clase.





Klaus Nicholson. Con ese nombre el joven espía se había presentado frente a mí al encontrarnos en el Eurostar en nuestro viaje a París. Ahora, esta era la verdad que nadie más que yo conocía. Klaus Nicholson nunca existió. Aquel era un nombre falso para cubrir a un chico que lo único que había querido era ser uno de los buenos y encontrar lo que había perdido.

Bajé la vista y miré la carpeta forrada con postales que estaba delante de mí. Ahora, sentada en medio de clase, mientras el profesor tomaba lista, no podía evitar sonreír con nostalgia. Cam estaba sentada unas mesas más atrás, pero cuando la miré ella me hizo un gesto obsceno con el dedo, por lo que deduje que todavía estaba molesta. Tampoco me importaba mucho. Se suponía que nadie debía saber. Se suponía que yo no había ido a París para buscar algo de lo cual dependía la seguridad interna de cualquier organización secreta. Y más que nada, se suponía que yo no me había enamorado de él.

Era mi secreto. Era una *Bright*, había hecho exactamente lo que todo el Servicio Secreto había esperado que hiciera. Había permitido que un joven buscado escapara y no había ayudado o dado pista al respecto en todo el verano. De hecho, nadie sabía que yo era la última persona en haberlo visto.

Cerré los ojos y acaricié la carpeta llena de postales. Francia, Alemania, Escocia, Gales, Inglaterra. Todas las ciudades, todos los lugares en los que había estado. Tal como prometió. La última



recibida esta mañana había sido de Liverpool. Postales que no debería recibir o de las que el Servicio Secreto debería estar enterado. Postales de una persona por la que mi corazón suspiraba en secreto y que estaba esperando que cumpliera su palabra de volverme a ver. Y mis labios tan solo querían murmurar un solo nombre.

Jack.

Nadie sabría nada de él de mi parte. Ni su verdadero nombre. Ni que pertenecía a una familia de criminales y repudiaba su sangre por eso. Mucho menos que era capaz de burlar cualquier escáner y jamás lo encontrarían. Barcelona. Seguro. El tío John estaba muy equivocado si pensaba que yo le diría que se estaba equivocando de ciudad para buscar o que Jack estaba en Liverpool según su última postal.

—Clase, por favor. Entiendo el ferviente estado del primer día, pero silencio —dijo el profesor Walter—. Tenemos un nuevo estudiante y me gustaría que se presentara.

Un joven entró en el aula. Alto. Delgado. Piel bronceada. Un grupo de chicas detrás de mí ya estaban decidiendo quién intentaría ligar primero con el guapo desconocido. Su oscuro cabello enmarcaba su rostro y sus ojos examinaron rápidamente la clase. Alguien suspiró atrás. ¿Realmente? No era para tanto.

—Mi nombre es Sam Levingston. Soy originario de Southampton. Mamá se divorció en el verano así que mi hermano y yo vinimos a vivir a Londres con ella.

—Puedes sentarte, Levingston —dijo el profesor Walter—. Muy bien alumnos, el programa de este año de matemáticas será extenso y pesado, por lo que deben estar atentos y tomar notas si esperan aprobar el examen final.

Sinceridad, ante todo. Alguien debería advertirle al profesor Walter que a los estudiantes no nos gustaban ese tipo de bienvenidas. Sam Levingston caminó entre las diferentes mesas y vino a

sentarse a mi lado, ya que era el único asiento vacío. *Gracias Cam por dejarme sola.* No tenía nada contra el chico nuevo, pero el día ya había comenzado un poco complicado como para agregarle esto. Todavía podía escuchar los susurros en mis oídos y aunque aquellos no me afectaban, los tristes recuerdos sí lo hacían.

—¿Has estado en todos esos lugares? —preguntó Sam.

—Eso desearía —dije y me encogí de hombros—. Tan solo estoy afiliada a una semanal sobre ciudades, por eso recibo todas estas postales.

Casual, sincera, yo podría perfectamente haber creído mis propias palabras de no haber sabido lo contrario. La desconfianza y la sospecha no me habían abandonado tras el verano, al menos las pesadillas sí. Para mí, todos eran espías hasta que se demostrara lo contrario. No era como si luego de conocer a tu hermano de toda la vida y descubrir hacía solo unas semanas que él era un espía no dejara una secuela por el estilo.

—Tengo algunas postales de Southampton, podría traerlas mañana y mostrártelas si te gustan —dijo él.

—Eso sería genial. Emma Stonem.

—La chica de oro —dijo Sam y lo miré sin comprender. Él sonrió—. El periódico escolar. Lo siento. Unos chicos pasaron y me entregaron un ejemplar y había un artículo que se refería a ti como la chica de oro.

—Sí... Por favor, intenta no mencionarme ese artículo ahora. Problemas con BFF por eso. Entonces, ¿tu hermano también está en el instituto?

—Mismo año, horario diferente. Creo que está en geografía ahora.

—Lamento escuchar lo de tus padres.

—Yo no. Se notaba mucho que era una pareja por conveniencia. Estoy bien con ambos, pero no iban a durar.

Una vez que el profesor Walter comenzó la lección, no hubo más tiempo para hablar. La aburrida y eterna primera hora de matemáticas fue torturante. ¿A qué clase de cruel y despiadado demonio se le ocurría poner matemáticas a primera hora un lunes? Me dediqué a copiar del pizarrón y hacer los ejercicios debidos. Sam me pidió ayuda con un par de cálculos y al principio lo ayudé, pero luego la forma en que sus ojos me examinaban comenzó a inquietarme.

Sí. Definitivamente. Trabajar para el Servicio Secreto me había dejado un trauma. El timbre sonó liberándome de las matemáticas y me apresuré a recoger mis cosas y salir del aula. Cam pasó junto a mí en el pasillo y golpeó mi mochila.

—¿Ya estás ligando con el chico nuevo, Em? ¿Qué sucedió con el chico de París? —preguntó ella.

—¿Realmente, Cam?

Ella me ignoró el resto del día y yo corrí para llegar a tiempo a francés. Esto tan solo demostraba mi teoría. Las mujeres podían llegar a ser totalmente unas perras cuando se trataba de un hombre. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué le iba a decir? *No Cam, no te pude decir nada respecto a mi escapada a París porque estaba en una misión secreta para el MI6 y se suponía que nadie sabría de ello. Por cierto, estoy enamorada de un joven buscado por el Servicio Secreto y mi hermano es un espía.* Sí, muy lógico. Cam seguramente me creería y el MI6 estaría complacido que rompiera el acuerdo de confidencialidad y también que admitiera mis sentimientos ocultos.

El primer día fue largo, pero podría haber sido peor. Con los períodos las personas dejaron de hablar de mí, había mejores chismes como la muerte del hermano de David o los dos chicos nuevos en nuestro año. Dejé pasar lo de Cam, ella se cansaría del drama con el tiempo y aceptaría mis disculpas. Tiempo extra para pensar qué excusa inventarle y qué historia falsa contarle. Mejor para mí.

Salí del instituto y por primera vez en mucho tiempo pude dirigirme directamente a casa. No habría clases extras esta tarde. Había arreglado mi agenda para que galés, irlandés y chino no fueran muy molestos y en cuanto a japonés... Bueno, aún tenía día y fecha a arreglar para continuar estudiando. Ahora tan solo quería ser una chica normal, nada más. Aun si eso implicaba no rellenar mis largas y solitarias horas con estudios.

Abrí la puerta del departamento y no me sorprendí de encontrar a Ethan recostado en el sillón de la sala sosteniendo una bolsa de hielo contra su tobillo hinchado. Dejé las llaves a un lado y cerré la puerta. Mi hermano el espía. Al menos ahora que sabía la verdad quizás podría pasar más tiempo con él. Después de todo, ya no tenía que ocultarse con la falsa excusa de la universidad.

—Sabes que mamá podría venir en cualquier momento y encontrarte, ¿no? —pregunté mientras dejaba mi mochila en el suelo.

—Llamó este mediodía. Está su mensaje en la grabadora. Dice que lo siente, pero tuvo que ir a Oxford y se quedará allí unos días. Algo sobre que su cliente está filmando en ese sitio —respondió Ethan—. Paul también se fue y John le dio el resto de la semana libre a Stelle. Le dijo a mamá que él se quedaría a cuidarte por lo que no tendrás que ir a lo de Josh. Mencionó algo sobre pasar tiempo tío-sobrina.

—Por favor, dime que no es cierto.

—Está en Londres, pero no se quedará en casa con nosotros. Por otra parte, yo tengo para unos buenos días aquí.

—¿Está roto? —pregunté mirando su pie.

—Casi. Solo un esguince.

—Deberías ser más cuidadoso.

—Intenta saltar del techo de un camión en movimiento y aterrizar sin un rasguño.

Suspiré y me dirigí a la cocina. Esto era demasiado típico de mamá, de pronto partir de viaje por unos días sin previo aviso. Al menos esta vez no tendría que ir a pasar el tiempo a casa de Josh. Cogí una botella de jugo del refrigerador y volví a la sala. Me senté con cuidado en el brazo del sillón, lejos del tobillo herido de mi hermano. Saltar de un camión en movimiento, aquello sonaba perfectamente normal.

—¿Cómo estuvo China?

—Podría haber estado peor —admitió él—. Me contó John que quiso pasar tiempo contigo esta mañana y prácticamente lo trataste como basura.

—Me estaba interrogando, Ethan.

—Estaba tratando de pasar un rato contigo, fuiste tú quien lo atacó enseguida.

—Él aparece aquí como si nada, sonriendo y cocinando tocino, pretendiendo que todo estaba bien y con un regalo para mí, pero te recuerdo que mientras nosotros estábamos en París, él estaba en Singapur y ni se inmutó por nuestra situación.

—Eso implica ser lo que somos, Em. Terminar la misión, cueste lo que cueste. Creí que lo habrías comprendido.

—Ethan, por favor, no me mientas, no tú —dije y me llevé una mano a mi sien—. No me han quitado un ojo de encima en todo el verano. ¿Piensas que no me he dado cuenta? ¿Crees que no soy consciente que mi teléfono está pinchado, que no veo al hombre frente al edificio cada vez que entro o salgo, que no he visto a los agentes que me siguen y vigilan?

—Es por tu seguridad...

—No. Tú puedes creer y hacerlo por eso, pero ellos no. Para ellos soy una *Bright* y están esperando que demuestre que no se equivocan con los prejuicios que tienen sobre mí.

—Lo siento. Pero te vieron. Las cámaras no mienten. Ellos tienen filmada la conversación que tuviste conmigo.

—Yo no hice nada. No tienen modo de demostrar lo que creen.

—Saben que eres inteligente, Em, que no te expondrías frente a las cámaras porque eras consciente de ellas. Yo he mentido por ti. Les he dicho que solo estabas tonteando con ese chico, que te encaprichabas fácilmente, pero del mismo modo te olvidabas de ellos, que no era nada serio. Pero yo sé lo que vi y sé que él para ti no era como los demás chicos con los que ligas. Si no les hubiera dicho eso, ahora estarías en más problemas. ¿Tienes idea de lo que me pasará si descubren que les mentí?

—Entonces, no hubieras mentido por mí y listo.

—¡No quiero ver a mi hermana conectada a un detector de mentiras! —gritó Ethan y luchó por recobrar la calma—. La sacaste barata. No quiero que te vuelvas a involucrar con mi trabajo nunca más. Podría haber sido peor. Yo insistí para que te dejaran fuera de esto. Podrían haberte arrestado por cómplice. Si él logró escapar a tiempo fue porque tú le dijiste cuál era el contenido del programa Pandora.

—¡Yo no sabía que él era un doble agente! No soportaba más ocultarle información. Sí, se lo dije. Hice exactamente lo que no debía. Era consciente de que no podía difundir esa información.

—Ellos sospechan que hubo algo entre tú y él, pero yo les dije que era superficial o inexistente, que eres una actriz y te dedicas a eso y él también. No tienen modo de demostrar que fue real porque yo te defendí, insistí en que no lo fue para que tú no estuvieras en problemas. Hasta el tío John sospecha de ti, porque tú no te has olvidado realmente de este chico. ¿No es así?

—¿Vas a interrogarme también y decirle la información que saques de mí a tus superiores? No me llevo con los hombres de traje y me gustaría que no me utilizaras para conseguir lo que ellos quieren de mí.

—Te estoy hablando como tu hermano, no como un agente.

—Quiero que dejen de seguirme y vigilarme.

—Es por tu seguridad.

—No. Están esperando que yo me contacte con alguien no debido.

—No lo quiero cerca de ti —dijo Ethan seriamente—. No quiero que ese criminal esté cerca de ti. Sabe quién eres. Podría utilizarte o hacerte daño o...

—Soy fuerte, Ethan. Sé cuidar de mí misma. Estoy bien. Estoy perfectamente a salvo. Pretendamos que todo lo que creen tus superiores es cierto. ¿En serio piensas que él sería tan idiota como para acercarse a mí sabiendo que el MI6 me debe estar vigilando? ¿Crees que yo sería tan idiota como para ir tras un doble agente?

—Sé cómo son los sentimientos de tu parte y temo saber cómo son los sentimientos de su parte.

—Él estaba actuando. Fingiendo. Se suponía que ese era su papel. Pretender ser un espía y cumplir con la misión que se le había asignado.

—¿Y también era parte de su actuación ir a verte después de la obra? —preguntó Ethan y callé, se suponía que él no sabía eso—. ¿Crees que soy idiota? Eres mi hermana, te conozco mejor que nadie y yo soy un espía. Las pupilas se dilatan después de besar y había pasado bastante tiempo desde tu escena final con Romeo. No solo eso, sino que encontré una pestaña en tu ropa y la mandé a analizar. ¿Adivina qué? Coincidía con su ADN.

—¿Registraste mi ropa? —pregunté molesta.

—Te viste con él. No solo eso, sino que lo dejaste escapar y sospecho que quisiste distraerme para darle tiempo. No puedes engañarme.

—No te estoy engañando. ¿Cómo te atreves a registrar mi ropa?

—¡Eso no importa! De todos modos, no quedó ningún registro de él. Milagrosamente cualquier archivo relacionado fue borrado. Como si nunca hubiera existido. Como si nunca hubiera sido un agente. Escapó el mismo día que tú le dijiste cuál era el contenido de Pandora. ¿Fue a verte, sí o no?

—¿Puedes simplemente dejar el asunto? ¡Quiero mi vida normal o lo más normal que era de regreso! ¡Ya no puedo hacer nuevos amigos o ligar sin temer que se trate de un espía o algo peor! Vivo mirando sobre mi hombro, Ethan. Sospecho de cada persona que está a mi alrededor, no puedo escuchar una pregunta personal sin desconfiar enseguida de la persona. Estoy paranoica. No puedo verme al espejo y reconocirme. No quiero tener nada más que ver con asuntos de espías.

Mi hermano me miró y vi la culpa junto con el arrepentimiento en sus ojos. Era vil y bajo recurrir a esto para que dejase de interrogarme, mas lo que le había dicho era cierto. No estaba siendo nada justa con él por echarle todo esto en cara, pero no podía arriesgarme a que siguiera preguntando. Porque, a pesar de ser mi hermano, no sabía si podía confiar en él en ese asunto.

—Solo estoy preocupado por ti —dijo Ethan—. No quiero que vuelva a suceder lo de París. Quiero que estés a salvo, que nada malo te vuelva a pasar. Tienes que entender que temo.

—Estoy bien. En serio. Nada malo me pasará.

—Vi cómo te apuntaban con un arma, Emma. Directo a la cabeza. Y yo no podía hacer nada. Creí que te perdería. Lo temí más que nada. No quiero que eso vuelva a pasar. No quiero que te veas involucrada nunca más en algo por el estilo. Sé que estás enamorada de él, pero se pasará. Con el tiempo te olvidarás de todo lo que sucedió.

—No quiero olvidar. Las memorias nos hacen fuertes. Eres tú quien necesita no pensar en lo sucedido.

—No puedo. No cuando ese traidor está afuera, en alguna parte. No es seguro.

—Ethan, ¿qué es lo que realmente crees? —pregunté y suspiré—. Te lo explicaré. Tan solo tienes dos opciones. Si lo nuestro fue real, entonces él no me hará ningún daño como tanto temes. Si lo nuestro no fue real, entonces yo no seré tan tonta como para acercarme a él sin importar si tú crees que estoy enamorada. Solo piénsalo. Además, ya han pasado semanas. ¿No crees que, si él hubiera querido aprovecharse de mí, ya lo habría hecho?

—Es que no entiendes, Em. Tú no viste las cintas. No hay cintas, ese es el problema. Dos enfermeras aseguran haberte visto con él en el hospital, sin embargo, no hay grabación. En un segundo él estaba y al otro ya no. Alguien tocó las cámaras. Y su archivo también se perdió. Quedó completamente eliminado del sistema. Nadie sabe cómo lo hizo. No sé quién es ni cómo lo logró, pero nunca antes había pasado algo similar.

—Confía en mí. Nada malo me pasará. Déjame fuera del asunto. No corro ningún peligro.

—Es la primera opción, ¿verdad? Es lo que creo. Tú sientes algo por él y eres correspondida —dijo Ethan y suspiró al pasarse una mano por el cabello—. Pero ¿quién soy yo para hablar de asuntos amorosos? Tan solo ten cuidado, Em. Si tú dices que estás bien, entonces te creo, pero, por favor, no me hagas temer como aquella vez.

—Entonces, tú no me hagas vivir con miedo. Estaba ciega antes, pero ahora lo veo todo. No quiero más agentes sobre mí.

—No hay ningún agente en contacto directo contigo, nadie excepto el tío John y yo —respondió Ethan y me sonrió—. Así que puedes estarte tranquila con tus nuevos amigos y ligar sin sospecha. Veré qué puedo hacer con los agentes que te andan siguiendo. No encontraron ninguna prueba ni motivo para seguir con la vigilancia, así que dejarán de hacerlo en cualquier momento. Les diré que yo me ocuparé de ahora en adelante.

—¿En serio?

—Sí, pero tienes que entender el peso que aquello conlleva. No desconfiaré de cada cosa que hagas, tampoco te aproveches. Y tienes suerte de que el tío John esté ocupado con otro caso o él estaría ahora sobre ti.

Asentí. Entendía perfectamente a lo que él se estaba refiriendo, pero la esperanza de ya no tener al Servicio Secreto encima sofocaba cualquier otra cosa. ¿Él podía lograrlo? Claro que podía lograrlo, los hombres de traje lo escucharían. Y quizás podría estar más calmada, no sospechar tanto de otros.

No. Seguiría sospechando y desconfiando de todos modos. Aquello no era algo sencillo de superar.

—Entonces, ¿cómo estuvo China? —pregunté y me acomodé en el sillón junto a él—. Estuviste con el tío John, ¿no?

—Sí. Alardeaste un poco de cómo has mejorado con la deducción —dijo él e hice una mueca—. No deberías hacerlo. Sabes que permitió que lo descubrieras a propósito, ¿no?

—Me están probando, lo sé, y por eso callé la mitad de mis deducciones y no le dije que sabía que pasó el reloj por alto a propósito. Por favor, es un espía. ¿Cómo se olvidaría de cambiar la hora? Pero aquello hubiera implicado decirle el resto de mis deducciones sobre que me estaba probando y todo eso. Ellos todavía me quieren, ¿verdad? Desconfían de mí y me ponen vigilancia, pero de todos modos me quieren porque saben que soy buena.

—Me ocuparé de mantener al MI6 lejos de ti, tú tan solo ocúpate de no darles razones para que se acerquen. Y eso incluye no jugar con el tío John o darle motivos para desconfiar.

—Intentaré hacer lo mejor —dije y suspiré—. ¿Sabes algo sobre el caso *Cribs*? Lo vi esta mañana en las noticias.

—John está tratando ese caso. Sea quien sea que lo haya hecho, no fue un aficionado. El informe de ayer dice que estuviste allí.

—Antes que me acusen de asesinato, tengo a Cam como testigo. No sabía lo que estaba sucediendo hasta esta mañana.

—Lo sé. Tranquila, nadie te culpa de nada o sospecha. El hermano es compañero tuyo, ¿no? ¿Cómo está?

—David está destruido. Le dije que encontrarían al culpable. Por favor, avísame si lo hacen. ¿Por qué alguien desearía matar a su hermano?

—No lo sé, pero no fue una casualidad. Algo así tuvo que ser planeado.

—Eso pensé también.

—Bueno. No más asuntos de trabajo. ¿Cómo estuvo tu primer día?

Le relaté el día lo mejor que pude. Mi horario, mis profesores (sobre todo, aquellos adorables profesores que ya habían dado tarea del primer día), el cuestionable menú del comedor. Le conté todo, excepto de mi pelea con Cam. Ethan no necesitaba saberlo, ni que todo el instituto ahora sabía que yo había estado en París con Jack. Nada más que chismes de estudiantes, no tenían importancia.

Al momento de hacer la cena, Ethan se levantó del sillón y arrastró su pie herido para estar en la cocina conmigo. Él se detuvo detrás de mí y me rodeó con sus brazos mientras cortaba las verduras. Por un instante me congelé antes de alejar los horribles recuerdos. Sus dedos estuvieron sobre los míos y me quedé quieta cuando modificó mi agarre sobre el cuchillo. Él levantó mi mano y me hizo moverla, mis movimientos siendo fáciles y rápidos.

—El secreto está en el movimiento de la muñeca —susurró él—. Tiene que ser fluido, como el agua. Y debes agarrarlo de este modo. Firme, pero no fuerte. Recuerda eso, Em.

—¿Por qué me lo dices?

—Porque quiero que sepas defenderte. Un arma, en manos de alguien que no sabe utilizarla, es peor que en manos de un enemigo. ¿Recuerdas cuando jugábamos con varas y pistolas de juguete? Esto es lo mismo. Ya te he enseñado todo. Quiero que estés preparada para cualquier cosa.

Asentí lentamente y tragué para quitarme el amargo sabor de la boca. Era como Alicia me había dicho una vez. Seguíamos siendo los mismos chicos con nuestros mismos juegos, solo que este era un mundo de grandes. Ethan me permitió seguir cortando los vegetales minutos después, pero supe que esta no sería la única vez que me daría una clase sobre armas.







Levanté la vista al escuchar las protestas de Cam mientras un profesor confiscaba su móvil y la llevaba a ella a administración. Debería haber tenido cuidado. Al igual que siempre la regla de cero teléfonos en el instituto, al menos no dentro, estaba siendo estrictamente aplicada. Con algo de suerte ella lo recuperaría.

—¿Crees que estará bien? —preguntó Andy.

—Perfectamente —dije.

Me sentía un poco mal por estar utilizando a Andy y estar aprovechándome un poco, pero de algún modo él había comprendido desde el primer instante que yo no buscaba ninguna relación y él tampoco lo hacía. Solo queríamos ser amigos, conocernos mejor o aquello habíamos acordado tácitamente. Andy era actor, como yo, y muy bueno por lo que sabía cuándo uno se ayudaba de sus recuerdos y sentimientos para darle más vida al personaje. Él no lo había mencionado, pero era consciente de que yo no podría haber actuado tan bien a Julieta de no haber sabido exactamente cómo ella se sentía.

Entonces, aquí estábamos. Ya había pasado una semana desde el comienzo de clases. Hablábamos un poco en el instituto, nos veíamos en los ensayos y también fuera, a veces. Él había conseguido el papel de Puck. Salíamos a tomar algo cerca del teatro o nos encontrábamos antes de los ensayos. Con el tiempo, Andy estaba comenzando a ser más seguro y menos torpe al ver que yo no mordía. Además, por favor, habíamos tenido que actuar Romeo y Julieta juntos. No era como si luego de tener que besarnos mil veces y siempre frente a un teatro lleno no generara cierta confianza entre nosotros.



—Entonces, ¿Maurice ya te encontró un Lisandro?

—Eso parece.

—Hay que ver cuánto dura contigo, no aceptas a cualquier actor.

—¿Qué puedo decir? Sufro de mis momentos de diva.

—No eres una diva, tú tan solo quieres alguien que le ponga tanta dedicación como tú lo haces. Y eso está bien.

Como dije, Andy era un buen chico, yo no debería estar utilizándolo y tonteando con él, sonriéndole y siendo mi principal motivación que el Servicio Secreto y Ethan me vieran pasando tiempo con otro chico. Si me veían y creían que había algo entre nosotros, que me había olvidado de Jack, entonces, quizás dejarían de molestarme. Andy y yo habíamos tenido que actuar de la pareja principal, por alguna razón el público siempre creía que ese tipo de cosas incluían que la relación también existiera en la vida real. Y, fuera de todo eso, disfrutaba de pasar tiempo con mi nuevo amigo.

El timbre sonó indicando que todos debíamos dirigirnos a la última clase del miércoles. La hora de historia pasó increíblemente rápido. Era horrible cómo tu materia favorita nunca parecía durar lo suficiente mientras las materias que odiabas eran eternas. Al momento de salir del instituto vi a Cam cruzar entusiasmadamente la calle para reunirse con el joven de dorados bucles (¿Qué tan avanzada tenía que estar la relación para que él te viniera a buscar al instituto?). Quizás lo suyo fuera en serio, era difícil saberlo con Cam. Ella tendía a exagerar, y tal vez ser un poco mitómana. Pero... bien por ella. Si era feliz, entonces yo no tenía nada para decir al respecto.

Una motocicleta se detuvo justo delante de mí en la calle. La chica se quitó el negro y brillante casco y sacudió su rubia melena. Diana era sensual y sabía cómo llamar la atención. Su ropa ajustada y sus botas invitaban a la imaginación y de algún modo

su sonrisa de gato siempre era traviesa, pero astuta. Más de una persona se le quedó mirando, incluso yo, que no sabía qué hacía ella aquí.

—¿Quieres que te alcance hasta la práctica? —preguntó—. Estaba pasando y vi a un par de chicos con tu mismo uniforme, así que pensé: *Hey. ¿Por qué no? Emma debe estar por aquí.*

—¿Hace cuánto conduces?

—Tranquila, estás en buenas manos. Yo prácticamente vivo en las calles y llevo haciendo esto desde siempre. Entonces, ¿quieres que te lleve o no?

¿Por qué no? Había pasado buen tiempo con Diana en los ensayos y ella era una buena chica. Y esto sería más rápido y emocionante que el bus. Había visto chicas de este estilo en una ocasión, chicas malas cuyas noches debían ser demasiado cuestionables, pero no era algo que deseara recordar.

Incluso Cam se quedó mirando boquiabierto a mi nueva amiga antes de que ella acelerara a fondo y dejáramos el instituto atrás. Había algo excitante en sentir el viento en mi rostro y no debí haber cuestionado a Diana. Ella parecía saber lo que hacía, como si hubiera nacido ya montada en una motocicleta. Era rápida y ágil, y en ningún momento tuvo que desacelerar. Si alguna vez me metía en problemas y necesitaba un transporte para huir, ya sabía a quién debía llamar.

Llegamos al teatro minutos antes de lo que debíamos. Diana sacó de su bolso una caja conteniendo fresas y me compartió algunas mientras ambas hacíamos tiempo para entrar. Vamos, ella podría haber conseguido cualquier chico solo por la forma en que comía fresas.

—Entonces, ¿cómo están las cosas fuera de los ensayos? —preguntó Diana.

—Normales, bien —respondí—. ¿Piensas asistir a la cena de esta noche de la compañía?

—¿Tú vas a ir? Porque ya sabes, soy la chica nueva de afuera que no conoce mucho a nadie, así que no me gustaría ir sin compañía.

—Es la cena de siempre que comenzamos una obra nueva. Es como una tradición entre nosotros, o algo así. Nunca me la pierdo. Podemos ir juntas si quieres.

—¿En serio? Eso sería genial. Podrías pasar por mi departamento si eso no te molesta y entonces iríamos juntas.

—No, no hay problema.

—Gracias.

Ella me dedicó una perfecta sonrisa y luego tomó un papel de su bolso para escribir su dirección. Tres actores abandonaron la obra tras ese ensayo, dos de ellos llorando, luego que Maurice hubiera acabado con ellos y les dijera que un perro podía actuar mejor.

Volví a casa después del ensayo con el tiempo justo para ducharme y arreglarme. Ethan estaba en la sala con su móvil, intercambiando mensajes. Él levantó la vista y me dio el visto bueno tras examinarme. Mi pobre hermano debía haberme visto desfilarse mil veces en el cotidiano y femenino problema de la elección de ropa. Por otro lado, era extraño verlo tan normal con su teléfono. A veces era sencillo olvidar que él no era solamente un espía, sino que también un chico de veinte años con sus amigos (aunque fueran miembros del Servicio Secreto), sus responsabilidades (aunque incluyeran asuntos de seguridad internacional) y también su tiempo libre (aunque fuera consecuencia de torcerse el tobillo tras saltar de un camión en movimiento en una misión en China).

—¿La cena de la compañía no es en una hora? —preguntó él.

—Sí, pero acordé verme con una amiga antes.

Ethan sonrió. Mi hermano parecía feliz que yo hubiera recuperado mi vida normal, saliera con amigos y él había preguntado

cómo iban las cosas con Andy (¿Por qué una chica no podía ser amiga de un chico sin que se creyera que había algo de por medio?). Bueno, yo no iba a ser quien destruyera su felicidad. Además, con algo de suerte, esto también convencería al Servicio Secreto que era innecesario tenerme controlada. Claro, mientras los hombres de traje no me creyeran lo suficientemente inteligente como para estar simulando esto para quitármelos de encima.

Me despedí de mi hermano y abandoné el departamento. Encontré a la señora Banks en recepción, ella me saludó con una amable sonrisa y sacó una postal de su bolso para entregármela. Sonreí. Bristol. Guardé la postal y me apresuré en salir a la calle y coger el bus. Esta vez realmente me dediqué a observar esperando encontrar algún agente, pero apenas pude contener mi sonrisa al no encontrar ninguno. Nadie me estaba vigilando, o si lo estaba haciendo no lo noté. De un modo u otro preferí creer en que había vuelto a mi vida normal, sin tener al MÍ6 encima o algo por el estilo.

Diana se estaba quedando en el último piso de un antiguo edificio de ladrillos. Un hombre que salía mantuvo la puerta abierta para mí y me indicó cómo llegar al departamento de ella. Tuve que subir seis pisos por escaleras y luego una pequeña escalera más. Ella se estaba quedando en el ático. ¡Qué *glamour!* Aun para tratarse de un único cuarto sin nada más, eso era estilo. Prefería por mucho vivir en el *penthouse* sin más que un baño que en cualquier otro departamento.

Llamé a la puerta y me congelé cuando un joven sin camisa me abrió. OK, ¿qué se suponía que debías hacer en esta situación? Además de admirar su esculpido pecho y los brillantes ojos azules del apuesto desconocido. Su oscuro cabello estaba revuelto y su pantalón abierto. Él colgó la camisa sobre su hombro y partió sin mirarme dos veces o saludarme. Me fijé más allá dentro de la única y gran habitación que constituía todo el departamento. La cama con sábanas de seda estaba deshecha y Diana se encontraba

frente a un tocador repasando el brillo de sus labios. No traía puesto nada más que su ropa interior negra, bastante traslúcida y erótica, unas medias hasta la mitad de sus muslos y unos altos zapatos de tacón.

—Lo siento por eso, le insistí a Gabriel en que se fuera temprano —dijo ella mientras comprobaba su maquillaje, aún inclinada frente al espejo en una pose sugerente.

—¿Gabriel es tu...?

—¿Novio? No. Él es solamente un muy apuesto y muy salvaje joven que conocí. Muy habilidoso también. Estaré lista enseguida, tan solo dame unos minutos en el baño.

—Lo que digas.

Cerré la puerta principal a tiempo que ella se internaba en el baño. Sí, era perfectamente normal entrar y encontrarla vestida como estaba. Miré con asombro la cantidad de joyas que Diana tenía sobre el tocador, algunas pareciendo increíblemente caras e invaluable, algunas antiguas, otras demasiado modernas. Aquello no era lo único que llamó mi atención. Había cuadros pintados en todo el departamento, muchos apoyados en la pared al no haber sido colgados. Su gusto por el arte era exquisito.

—¿Te gustan las pinturas? —pregunté.

—Me gusta mucho lo que veo en museos o exhibiciones. El arte es como una sirena para mí —respondió ella desde el baño—. Y me gusta tener lo que me gusta. Creo que hay algo de hermoso en los rastros de la historia.

—Pues tienes que decirme dónde conseguiste estos cuadros porque son idénticos a los originales.

—Los pinté yo. ¿Te gustan?

—Tienes que estar bromeando. ¡No parecen falsos!

—Lo sé. Las joyas también. Las hice yo. ¿Hay algo que seduzca más a una mujer que una joya? Preciosa, brillante, costosa.

Oro, plata, diamantes, rubíes, esmeraldas. Cualquier metal o piedra preciosa me vuelve loca. El arte también. Demasiado bello, demasiado viviente. Cosas así no deberían estar al alcance de todos. Solo las personas que saben apreciarlo deberían tener el honor de poseerlo.

Observé sus pinturas una vez más antes de volver a fijarme en las joyas del tocador. Ella tenía razón, había algo en las joyas que atraía a cualquier mujer. Las guardaba cuidadosamente debajo de una tapa de cristal, fuera del alcance de cualquier otro, pero a la vista de todos. Lo único que había sobre el mostrador era una vieja y gastada moneda romana con dos rostros.

Quise tomarla, una mano fue más rápida que yo. Diana la tomó y la guardó dentro de su escote. Ella me sonrió, había sido rápida y silenciosa, ni siquiera la había visto o escuchado salir del baño. Se había dejado las medias y los zapatos, pero se había puesto un ajustado vestido rojo y recogido su cabello de un modo *sexy*.

—Entonces, ¿vamos? —preguntó.

Asentí y ella me dedicó una perfecta sonrisa. Aprendí luego lo interesada que Diana era por el arte o cuánto sabía al respecto. Cualquier pieza de valor ella sabía exactamente qué era y podía hablar durante horas. Era su pasión, decía. Increíblemente, encontré a alguien con quien compartir mi amor por la historia, aunque yo era más eventos y Diana personas y pertenencias. Ella tenía una obsesión con las mujeres de poder y sus joyas, casi tanto como con las pinturas.

Me demostró en una ocasión que era tan hábil con el papel como presumía. Luego de un ensayo, me enseñó el dibujo que había hecho de mí sobre el escenario. Debía admitirlo, de no haber estado hecho con un bolígrafo hubiera creído que se trataba de una fotografía. Con el tiempo logré ser más suelta, responder con cuidado algunas preguntas personales cuando me las hizo.

Los demás no eran conscientes de toda la información que daban y lo valiosa que esta era, o lo peligrosa que podía llegar a ser en manos de otros.

Comenzamos a vernos más a menudo fuera de los ensayos y seguido ella pasaba por la escuela para recogerme. Vino a casa una tarde, yo necesitaba cambiarme y quitarme el uniforme del instituto porque íbamos a una fiesta luego. Diana observó con fingido desinterés las prendas de mi guardarropa mientras yo buscaba qué ponerme. Por más que ella pretendía no demostrarlo, sus ojos brillaban por cada pieza de diseñador o bolso de una marca reconocida mundialmente.

—Mamá se mueve en el mundo de las celebridades, ella es representante. Se ha contagiado un poco de ese ambiente, por eso sus gustos son costosos y que su poder adquisitivo no tenga límites le han dado un nivel de vida muy alto y por lo tanto a mí también —expliqué.

—No sabía —dijo ella mirando mis vestidos—. Entonces, ¿cómo se siente? Haber nacido rodeada de Prada y Dior, tener cualquier cosa que desees sin importar lo que sea.

—No puedo tener cualquier cosa que desee sin importa lo que sea —dije y esperé que la tristeza no se notara en mi voz—. Estoy sola. ¿Acaso los bienes materiales compensan eso? Mi hermano pasa la mayor parte del año fuera, mamá nunca está, papá murió, pero cuando estaba vivo no me reconocía como su hija. Tenerlo todo no significa ser feliz.

—Lo siento. Es solo que yo sí soy una chica material —dijo Diana y se dio vuelta para dedicarme una triste sonrisa—. Nací sin nada. Fui una huérfana. Me crié en las calles, así que todo lo que tienes es increíble para mí. Tu vida es una con la que yo solo podía soñar.

—Lo siento, yo no sabía...

—No lo lamentos. Conozco la soledad al igual que tú y es por eso por lo que no te desprecio ni te odio por tenerlo todo cuando yo no tuve nada. Sé cómo se siente. Tú no eres como esos ricos que no merecen su fortuna, pero no importa. Supe arreglármelas y aquí estoy. Entonces, ¿estás lista?

—Perfectamente. ¿Qué te parece?

—Que, si no ligas esta noche, o hay algo mal contigo, o hay alguien que me estás ocultando. Entonces, ¿eres una monja o hay un Lisandro?

—Entonces, quiero un respiro de los hombres. Ya he tenido suficiente de ellos por un rato.

—Ligar en una fiesta no implica ningún tipo de compromiso. El cuerpo tiene hambre y uno lo alimenta, así de simple. Las personas lo hacen tan complicado al meter sentimientos y esas cosas.

—No me gusta ese estilo de vida.

—Es extraño considerando que escuché todo lo contrario de tus compañeros —dijo Diana y cerró la puerta del *placard* con un movimiento de cadera—. Ya conozco esta historia. La típica chica a la que le gusta la fiesta hasta que conoce a un chico que le vuela la cabeza y, entonces, abandona su anterior modo de vida.

—No es eso. Si estuve con todos esos chicos fue porque estaba buscando, pero llegué a la conclusión de que el amor no existe.

—Buena conclusión —concordó ella y me guiñó un ojo—. Puedes repetir eso mil veces, o puedes decirme que hay un Lisandro y las autoridades no lo aceptan. O tu familia no lo hace. O ambos. Pero ya basta de eso, si no hablas es por algo y no te torturaré más.

Ella abandonó mi dormitorio. Agradecí enormemente que lo hiciera y no insistiera en el tema. Tomé un pañuelo y lo até con un rápido nudo alrededor de mi cuello. Sonreí al tocar la suave y colorida tela antes de seguir a Diana hasta la sala. Ella estaba

apoyada contra el respaldo del sillón mirando con los ojos muy abiertos el televisor, un enorme diamante rosa acababa de ser descubierto en Sudáfrica y sería enviado a Inglaterra para ser pulido, tratado y darle forma.

—Es hermoso —susurró.

El ruido de la puerta llamó enseguida nuestra atención y ambas nos fijamos en Ethan cuando entró. Él se congeló y sus ojos se abrieron con sorpresa al ver a Diana; ella no se alteró. Mi hermano había salido esta mañana y como no lo había encontrado durante la tarde, no había contado con la opción de verlo antes de partir. Quizás debería haberle mencionado que no estaría sola.

—Supongo que tú debes ser Ethan, el hermano mayor de Em —dijo Diana y le sonrió con astucia.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Ethan aún en *shock*.

—Diana trabaja en el teatro como asistente del director de escena. ¿Recuerdas que te hablé de ella? —pregunté.

—Diana, un placer —dijo ella extendiendo una mano.

—Lo mismo digo —respondió él estrechándosela—. Ethan. Ese es un collar muy bonito. ¿Son rubíes reales?

—Por supuesto. ¿Tienes el pie lastimado o algo? Porque eso parece.

—Un simple rasguño.

Ninguno soltó la mano del otro o dejó de sostenerse la mirada. El esguince de Ethan no se notaba mucho, él se esforzaba por no demostrarlo y no cojear al caminar, pero de algún modo Diana lo había descubierto. Ella mostró su felina sonrisa una vez más antes de soltar su mano.

—Es una lástima en un cuerpo tan ardiente. ¿Nos vamos, Em?

—Sí. Volveré tarde, Ethan.

—¿A dónde van? —preguntó él.

—Tenemos una fiesta. Tranquilo, cuidaré de tu hermanita —dijo Diana.

—Emma me dijo que te gusta mucho el arte.

—Casi tanto como las joyas o los amantes. Sobre todo, los chicos buenos.

Diana se deslizó fuera de la puerta con tanta sensualidad e incitación como solo ella era capaz y consiguiendo, increíblemente, que Ethan se diera vuelta para mirarla. Nunca había escuchado a mi hermano hablar de chicas o sabía de alguna relación que él hubiera tenido. Le había preguntado en una ocasión a Thomas, pero él me había respondido que Ethan nunca se había involucrado con una.

Diana se apresuró en alcanzar el ascensor y Ethan me detuvo cuando quise salir del departamento. La seriedad en su mirada me advirtió. Aquel no era mi hermano, aquella era la expresión de un espía. Bien, esto no estaba bien. Mi hermano nunca antes me había mirado de ese modo a pesar de todas las fiestas a las que había ido, ni siquiera me había mirado de ese modo en París.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—¿Desde cuándo conoces a esta chica?

—Desde las audiciones. Nos hemos estado viendo estos días. ¿Pasa algo malo?

—No —dijo él y su expresión se suavizó—. Tan solo cuídate y evita meterte en problemas.

—¿Qué sucede con ella, Ethan?

—Nada. Soy solo yo siendo paranoico —dijo y me sonrió—. No me hagas caso. Diviértete.

Él me soltó, como si ya suficientemente paranoica no fuera yo por mi propia cuenta como para agregar la de mi hermano. Espías. ¿Quién los entendía?







Había una gran lista de chicos con los que había estado en mi vida, pero uno solo que me había importado y me seguía importando. No le había mentado a Diana el día anterior, si estuve con todos esos antes fue porque estaba buscando. Disney nos vendía la historia del príncipe azul, entonces no debería sorprenderles ver a chicas buscando el amor. Pero todos los chicos con los que había estado fueron unos idiotas que solo querían sexo. Yo no buscaba eso, solo quería a alguien a quien le importase y lo encontré, pero el destino era caprichoso.

En otras palabras, sí, era posible que muchas chicas del instituto me consideraran una zorra por la cantidad de chicos con los que salí, pero ellas no conocían la verdad detrás. Tampoco veía la relación cantidad de parejas-zorra. Yo solo estaba buscando, ilusionándome fácilmente creyendo que lo había encontrado para luego desilusionarme sabiendo que no era cierto y dando por terminado algo que no había durado mucho.

Y ahora, en el vestuario del instituto, mientras nos cambiábamos, luego de la clase de gimnasia, tan solo podía preguntarme de nuevo por qué algunas chicas cambiaban enseguida solo por andar con un chico. Cam también tenía las rodillas raspadas, pero no dejé a mi mente ir más lejos en ese asunto a diferencia de las otras chicas. Ella no estaría nada contenta cuando un chisme similar se extendiera por los pasillos y seguramente apareciera en el periódico escolar.



—Entonces, ¿ayer saliste de nuevo con esa cachorrita francesa? —preguntó.

—Diana no es una cachorrita francesa.

—Luce y se comporta como una. Es como una pequeña prostituta. ¿No es así?

—¿Por qué preguntas? ¿Quieres pedirle que te recomiende alguna tienda de ropa interior?

Cam y yo nos miramos, y nos sonreímos. Ambas terminamos de cambiarnos y abandonamos el vestuario para dirigirnos a literatura. El único problema de salir durante la semana era que el día de instituto resultaba eterno. Me había costado un café triple mantenerme despierta toda la mañana. Prácticamente me dejé caer sobre el escritorio, mi cabeza sobre mi preciada carpeta recubierta con postales. Cam se sentó a mi lado como hacíamos en todas las clases que compartíamos.

Sam entró al aula y comenzó a hablar con ella, yo pretendí estar dormida. Él seguía inquietándome, había algo de escalofriante en su mirada, en cómo me observaba. Sam fingía ser amable, pero por alguna razón siempre estaba poniéndome a prueba con preguntas de la clase y ya estaba empezando a considerar seriamente la idea de pedirle a Ethan que lo buscara en los archivos del MI6 y me dijera todo de él.

Las dos horas de literatura fueron más unas horas para dormir y aburrirme, aparte de hablar un poco con Cam. Literatura del instituto: aburrido. Libros que yo misma compraba y leía por mi cuenta: emocionante. Cam sufría más que yo esas horas, ella tenía un natural odio hacia la lectura al igual que hacia el instituto. A veces me preguntaba cómo era posible que ella alcanzara un promedio aceptable.

—¿Existe algo más aburrido que literatura? —preguntó.

—Matemáticas, definitivamente —respondí.

—Tan solo quiero que este día termine.

—Déjame adivinar, el ardiente español viene a buscarte de nuevo hoy a la salida.

—¿No es encantador? Aunque sea solo para acompañarme hasta mi casa. Leo es ese único.

—Cam, lo conoces hace poco más de tres semanas.

—¿Y qué con eso?

Preferí no responderle. Era una hipócrita. Trece días, aquel era el tiempo que había pasado con Jack, y luego lo había visto dos ocasiones más. Entonces, ¿quién era yo para hablar de tiempo?

—Déjalo, no importa.

—¿Sabes qué sucede? Necesitas conocerlo. Eso es todo. Todavía no has tenido la oportunidad, pero cuando lo hagas no podrás negarme que es ese único para mí.

Cam podría repetir aquello mil veces, pero a menos que fuera en un evento público, no cumpliría con su palabra. Para ella, tres eran multitud y yo lo aceptaba porque ella era así. Tampoco era como si me sintiera muy cómoda siendo la tercera en discordia. Cam podía llegar a ser muy territorial y no me interesaba conocer a Leo. Ya lo había visto desde lejos un par de veces, pero no tenía planeado tener un mayor contacto con él, al menos no por iniciativa propia.

—Mientras no te haga daño, entonces está todo bien. De lo contrario sabes que iré a matarlo.

—Eso no será necesario —respondió Cam—. Él te encantará. No tienes idea cómo es. Es uno de esos chicos que quiere conocerte, que se interesa por ti y pregunta sobre tu día o tus amigos. Dice que eres una excelente actriz, por cierto.

—¿Te ha preguntado por mí?

—Eres mi mejor amiga, por supuesto que le he hablado de ti. Te dije que él fue quien insistió para que me arreglara contigo. Se preocupa por mí, solo quiere lo mejor para mí y eso incluye estar bien con mi mejor amiga.

—OK, te lo admito, no es como los demás chicos.

—¿Lo ves? ¡Te lo dije! —exclamó Cam.

Ella se calló e hizo una mueca al recibir una severa mirada y un apercibimiento de parte del profesor. La hora terminó y recogí mis cosas para dirigirme al casillero e intercambiar los libros para la siguiente clase. Respiré hondo y me repetí que no faltaba mucho para terminar el día. Me dije en vano que era la última vez que salía teniendo clases al día siguiente, sabía que era una promesa que no mantendría. Nunca lo hacía. Así que simplemente me resigné a lidiar con el cansancio, ya tomaría un café cuando saliera.

Cogí el libro debido y cerré la puerta del casillero. Me detuve en medio del pasillo al ver un grupo de chicos reunidos. Escuché las voces pidiendo una pelea. Me acerqué lo suficiente para ver a un tembloroso y tímido David Cribs en el ojo del huracán. Él se aferraba fuertemente a su mochila y su oponente consiguió que la soltara de un golpe. La mochila cayó al suelo, desparramando tanto libros como el resto de su contenido.

Su contrincante era Victor Levingston, demasiado alto y demasiado fuerte como para meterse con él sin pensarlo dos veces. Compartía el mismo oscuro cabello y ojos que su hermano, en realidad eran bastantes parecidos, pero de los dos hermanos Levingston, Sam parecía ser el cerebro mientras que Victor era la fuerza.

Tendré debilidad por David al sentirme identificada con él y por su reciente pérdida, o quizás simplemente me gustaba ser el alma justiciera, pero no pude ver aquel espectáculo un segundo más. Me abrí paso para llegar al frente y me paré con firmeza

frente a Victor. No permití que el hecho de que me llevara más de una cabeza de altura y tuviera que estirar mi cuello para poder mirarlo a los ojos me afectara. Yo era Emma Stonem. Por favor, había estado en medio de un enfrentamiento con una banda de criminales portugueses, un idiota de instituto no era nada.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunté molesta.

—¿Qué crees tú que estás haciendo? No te metas en esto, mujer —dijo Victor—. El bicho no necesita que nadie lo defienda, así que vete.

—Oblígame —dije mirándolo con desafío—. Golpear a otro no te hace más hombre o más fuerte.

—Si su hermano era igual de débil que él, entonces no me sorprende que haya muerto.

Escuché a David contener un sollozo detrás de mí. Tonto adolescente descerebrado. Respiré profundo, intentando calmarme. Mi voto había sido no llamar la atención y no meterme en problemas, Ethan me había hecho prometérselo. Así que por más que deseaba poner en práctica mis lecciones de boxeo, no lo hice. Le tendí una mano a David para ayudarlo a ponerse de pie, pero Victor tomó mi muñeca y levantó mi mano. Le sostuve la mirada molesta.

—¿Una barata cinta en alguien como tú? —dijo él mirando el rojo alrededor de mi muñeca.

—Es para la envidia —respondí.

El timbre sonó avisándonos que llegaríamos tarde a clase. Victor me soltó y yo me agaché para ayudar a David a recoger sus cosas. Le ofrecí una sonrisa al entregarle el último libro y él murmuró un rápido y bajo agradecimiento antes de ponerse de pie y correr lejos. Suspiré, ¡pobre chico! ¿Cuál era la idea de torturarlo y hacerle la vida más miserable? Él estaba pasando por un momento muy difícil como para agregarle esto.

Me dirigí al laboratorio y rápidamente me instalé en una de las mesas. La profesora aún no había llegado por lo que los estudiantes seguían de pie, hablando y reunidos en sus diferentes grupos. Cuando la profesora entró, todos fueron a sus asientos. Victor tomó el lugar junto a mí. *No podía ser...* Lo ignoré, molesta con su simple presencia. Sentí la necesidad de tirar sus libros fuera de la mesa, pero me contuve.

—Eres valiente, chica —dijo él.

—¿Un cabrón más alto y más fuerte que yo? Por favor, necesitas más que eso para conseguir que te tema.

—Entonces, ¿a qué le temes?

—Temo que la estupidez sea contagiosa, en ese caso debería cambiarme de lugar de inmediato.

—Chica ruda. No sabía que fueras así.

—No me molestes, no quieres meterte conmigo.

—¿O qué? ¿Tu hermano mayor vendrá a vengarte? Porque escuché que tienes uno. ¿Lo necesitas para que te proteja?

—Puedo defenderme bastante bien por mi cuenta. No me hagas tener que demostrártelo.

Agradecí la excusa de que la profesora hubiera comenzado la lección para concentrarme en el libro y tomar notas en vez de en cuánto deseaba golpear a Victor. Sentí mi corazón saltarse un latido al abrir el manual en la página debida y ver qué tema trataríamos hoy. Hacía un par de clases que habíamos comenzado a estudiar el ojo humano, pero jamás me había detenido a pensar en esto o habría creído que entraría en el programa. La profesora escribió en grande el título de la lección en el pizarrón: «Heterocromía».

Ella comenzó dando la introducción. Se trataba de una anomalía genética, comúnmente presente en animales, sobre todo en gatos y perros. No necesitaba que ella hablara. Yo sabía

perfectamente lo que era. Dos colores de ojo. Y sabía cómo lucía alguien con heterocromía total, un ojo de cada color. Ella dejó el asunto de los animales atrás para dedicarse a lo que nos interesaba, la heterocromía presente en humanos. El recuerdo me golpeó enseguida. Un ojo azul. Un ojo gris.

—Fenómeno —dijo Victor.

—¿Qué? —dije molesta.

—Son fenómenos las personas que tienen eso. Anormales que no deberían existir.

—Es bueno saber lo cerrado de mente que eres. Las personas con heterocromía no son fenómenos.

—Sí lo son.

Cerré mis manos para controlarme, para no dejar que la furia me dominara. Era a causa de idiotas como estos que las personas que simplemente eran consideradas diferentes sufrían inseguridades. ¡Pero lo que no entendían era que todos éramos diferentes! No había un solo ser humano en el mundo que fuera idéntico a otro. Algunos eran más singulares que el resto, especiales, y no por eso había que discriminarlos ni tratarlos de fenómenos.

—No lo son —insistí.

—Lo que yo haría sería prohibir que personas así mostraran sus ojos en público. No deberían hacerlo.

—No debería haber idiotas en público, sin embargo, aquí estás.

—¿Por qué defiendes tanto a esos fenómenos? Sabes que tengo razón, son anormales. ¿Qué? ¿Acaso conoces a alguno?

—Conozco a un estúpido discriminador que está sentado junto a mí.

La profesora nos llamó la atención por lo que pretendí ignorar a Victor. Mi sangre hervía, idiota. Definitivamente lo odiaba

y nada me haría cambiar de opinión. La estupidez humana, eso sí debería ser prohibido mostrarse en público como en este caso. Victor se acercó más a mí, él estaba jugando con fuego y cruzando una línea muy peligrosa. Tan solo podía concentrarme en mi respiración esperando que aquello me ayudara a mantener la calma.

—Lo siento. ¿Herí tus pequeños lindos sentimientos? —preguntó él—. Tan solo estoy siendo realista. Antes se solía quemar a las personas así. El ojo del demonio, así lo llamaban. Esos deformes no merecen nada, excepto morir.

No lo resistí más. Levanté mi puño y lo golpeé. Mi entrenador hubiera estado fascinado de ver gancho tan perfecto. Victor cayó de su silla y se golpeó contra el suelo. Vi sangre y... ¡Oh, por Dios! ¿Eso era un diente? Había tenido mis peleas de boxeo, ya había quitado dientes y golpeado, incluso hasta noqueado a alguien, pero se trataba de chicas de mi misma categoría. Esto era totalmente diferente. Y a pesar de saber que estaba mal, me sentía orgullosa.

—¡Emma Stonem, a dirección ahora! —gritó la profesora enfurecida.

No podía negarlo, merecía que me echaran de clase por esto, pero Victor se lo tenía bien merecido. Recogí mis cosas y le sonreí cuando él me miró con odio y se limpió la sangre de la boca. Habría un bonito golpe en su rostro para mañana. El resto de la clase nos miraba boquiabierto. Alguien sacó una fotografía con su móvil. Ya podía imaginar la primera plana del periódico escolar.

Salí del laboratorio con todo mi orgullo y dignidad, solo una vez que estuve en el pasillo me permití soltar una maldición y sacudir mi mano. Eso había dolido. Me rendí ante lo que me esperaba y me dirigí en silencio a dirección. Había algo en el vacío y el silencio de los pasillos del instituto durante las horas de clase. Aquello me ayudó a tranquilizarme y poner mi mente en frío.

Entré en dirección cuando en realidad lo que quería era ir a enfermería por un poco de hielo para mi mano.

Me dejé caer sobre una silla. La secretaria levantó la vista de su ordenador para mirarme a través de sus lentes y me encogí de hombros con indiferencia. El director me llamó para que entrara a su oficina minutos después. Tomé asiento frente a su escritorio. No era una chica mala, mi comportamiento solía ser normal y corriente en el instituto. Apenas era el tercer martes de clases y ya había terminado en la oficina del director por mal comportamiento, mi hermano estaría encantado de esto.

—¿Qué sucedió, señorita Stonem? —preguntó el director.

—Golpeé a un chico —dije simplemente.

El viejo hombre me miró sorprendido como si no pudiera creer tal cosa. ¿Acaso una chica no podía golpear a un chico? Tontos estereotipos. No le estaba dando mucha importancia al asunto, Víctor se lo tenía bien merecido. Idiota, debería haberlo golpeado aún más.

—¿Por qué harías tal cosa? No eres de meterte en problemas, Emma.

—Él se estaba comportando como un neo-Hitler diciendo que las personas con heterocromía merecen morir —dije y suspiré ante la mirada de incompreensión del hombre—. Personas con dos colores de ojo. Eso es ser idiota y discriminador.

—Y lo golpeaste por eso.

—Se lo tenía merecido. No puedes hablar así de personas que son más singulares que el resto.

—OK, hablaré con el otro estudiante involucrado al respecto y...

Nunca supe el resto de lo que iba a decir el director (probablemente un comentario hacia mí o una sanción por mi acción, en caso de lo segundo estaba agradecida que no lo dijera).

La alarma de incendios comenzó a sonar y a juzgar por la reacción del hombre, no se trataba de un simulacro. Él se puso en pie de inmediato y me instó a no perder tiempo y salir de su oficina.

Los pasillos eran un completo caos, nadie nunca mantenía realmente la calma cuando se trataba de un verdadero incendio. Al menos logramos evacuar el edificio en un corto período de tiempo. Busqué a mi año apenas estuve fuera sabiendo que aquello era lo que debía hacer. Me reuní con Cam y un profesor pasó para comprobar que todos estábamos presentes. Podía escuchar en el fondo la sirena de los bomberos por más que no veía que el edificio estuviera en llamas ni nada por el estilo.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—No lo sé, estaba en geografía y la alarma comenzó a sonar —dijo Cam—. Dicen que golpeaste a Victor Levingston. ¿Por qué?

—Se estaba comportando como un idiota.

Nada como la alarma de incendios para soltar el caos entre adolescentes. Andy se acercó hasta mí solo para comprobar que estaba bien. Los estudiantes de primer año estaban enloquecidos. Las suposiciones ya comenzaban a circular entre la multitud. Algunos decían que se trataba de un simulacro, otros hablaban de una explosión durante la hora de química o de una broma pesada. Fuera lo que fuera, yo podía asegurar que la alarma había sorprendido al director, no se había tratado de algo previsto por la administración.

—¿David Cribs? —preguntó el profesor tomando lista—. ¡David Cribs!

Nadie respondió. Miré para todos lados al igual que cualquier estudiante de este año, pero no encontré la delgada y temblorosa figura de David. El profesor gritó su nombre un par de veces más, no hubo rastro de él. El hombre le avisó a otro profesor antes de seguir tomando lista para asegurarse que nadie más fal-

taba. Todos buscaron a David, él no respondió en ningún momento a su nombre.

Finalmente, encontraron a David. Muerto. Su cuerpo al pie de las escaleras dentro del instituto. Su cuello roto por la caída. Nos dieron el resto del día libre después de eso mientras los bomberos se ocupaban de revisar el resto del lugar y las autoridades junto con las noticias llegaban. Esto no tenía sentido. No podía creerlo. Yo misma había visto a David antes que la última hora comenzara. Vivo. Bien. Cargando todavía la pérdida de su hermano y siendo abusado por Víctor, pero vivo.

Andy se ofreció a acompañarme a casa, me negué. Quería un tiempo a solas para aceptar lo que había sucedido. La muerte era fría. La muerte de un alma joven y soñadora era horrible. Todo el mundo bromeaba con que el instituto te mataría, pero nunca lo decían en serio. Y era estúpido pensar como una simple caída por las escaleras podía acabar con una vida. Quería llorar por lo sucedido, pero mi cuerpo estaba frío, se negaba a responder de algún modo. David estaba muerto.

Todos reaccionaron del mismo modo ante la noticia. No era algo sencillo de digerir. Una estudiante que tomó el mismo bus que yo comenzó a llorar. No podía culparla. ¿Cómo volver al instituto sabiendo que una persona había muerto allí esta tarde? Yo solo... todavía no podía asimilarlo, comprender cómo era posible que algo así hubiera sucedido. Y de pronto sentí el frío de la muerte y la soledad más que nada. Los recuerdos fueron crueles al invadirme. Yo había visto personas morir, había visto demasiada sangre y cuerpos, había sentido el frío metal del cañón de una pistola contra mi sien.

Mi teléfono sonó impidiendo que mi mente fuera más lejos. Miré el mensaje de Diana, ella decía de pasar por mi departamento y esperarme allí para luego salir juntas. Mis dedos vacilaron sobre las teclas, no pude responderle. Tan solo quería creer

que estaba en medio de una fea pesadilla. Despertaría, y todo estaría bien. David estaría vivo. ¿Qué había hecho él para merecer la muerte? Pero, fuera de eso, su hermano y él ahora estaban muertos. Y había aprendido que las coincidencias no existían.

Al momento de bajar del ascensor y llegar al departamento, todavía estaba intentando aceptar lo sucedido. Me detuve antes de entrar y me apoyé contra el muro. Cerré los ojos y negué con la cabeza. Esto era demasiado, no podía estar sucediendo. No de nuevo. Respiré profundamente y conté hasta tres tal como había hecho la primera vez que había audicionado para Maurice. Me obligué a no entrar en crisis, a no caerme en pedazos. Debía ser fuerte. Me había permitido todo el viaje en bus para sufrir por lo sucedido y estar en *shock*. Ahora debía ser fuerte y superarlo, no permitir que me afectara.

La próxima vez que abrí los ojos estaba bien. Entré al departamento y casi enseguida me detuve. Diana y Ethan también se congelaron al verme. Había leído el mensaje de ella, pero se suponía que eso sería más tarde, en el horario que se suponía yo volvía a casa si este hubiera sido un día de instituto normal. El hecho de encontrar a Diana con mi hermano posiblemente hubiera implicado verlos ligando o algo por el estilo, sobre todo porque para Diana cualquier persona estaba bien para pasar un buen momento y había llamado la atención de Ethan. Lo que realmente no esperaba era verlo a él en el suelo, un cuchillo clavado junto a su cabeza, y a Diana tranquilamente parada con un pie sobre su cuello.

Ella me miró tan sorprendida como Ethan, aunque su expresión fue más curiosidad en vez de horror como la de mi hermano. Ethan, mi hermano, un agente secreto. En el suelo. Un cuchillo junto a su cabeza. Diana con un pie sobre él. Ella lo había vencido. Esto estaba lejos de verse normal. No era como si la profesión de mi hermano no incluyera encontrarlo alguna vez en una

situación de este estilo, pero no hubiera esperado que ella fuera su oponente.

Diana levantó su pie y se alejó. Ethan tomó el cuchillo y se levantó. Cerré la puerta del departamento aún intentando comprender qué estaba sucediendo. ¿Acaso mi día podía ser más extraño y peor? Me quedé allí, al igual que ellos dos, mirando tan confundida como podía estarlo.

—Volviste temprano —comentó Ethan.

—Sí. Nos dejaron salir temprano del instituto —dije.

—¿Estás bien? —preguntó Diana—. ¿Qué te sucedió?

—¿Qué? ¿Sucedió algo? —preguntó Ethan.

Me acerqué hasta el televisor y lo encendí. El canal de noticias estaba puesto como siempre y el reportero estaba en la entrada de mi instituto relatando lo sucedido. La noticia de la muerte de David Cribs estaba en todos los canales. Las diferentes teorías ya estaban saliendo a la luz mientras los investigadores hacían su trabajo y la policía impedía que los curiosos se acercaran al lugar. Me di vuelta y miré a los dos jóvenes frente a mí, molesta.

—Ahora, quiero saber qué estaba sucediendo aquí —dije.

—¿Tú estás bien? —preguntó Diana.

—¿Cómo sabías que esto había sucedido? ¿Por qué andas con mi hermana? —preguntó Ethan furioso.

—Tranquilo, espía, no le haré nada malo a la pequeña Em —dijo Diana y se deslizó cerca de él para susurrarle al oído—. Solo relájate. Tienes un tobillo herido.

—Aún con un esguince puedo vencerte —dijo Ethan.

Diana sonrió antes de saltar lejos de él para que no la alcanzara. Ella se sentó sobre el respaldo del sillón y cruzó sus largas piernas con sensualidad. Ethan la miró molesto y yo me sentí tan confundida como la vez que había despertado en los cuarteles secretos del MI6.

—¿Quién eres realmente? —pregunté mirándola.

—Yo soy esa chica, la chica —dijo Diana.

—Ella tiene muchos nombres, pero principalmente es conocida como el *Chat Noir* —respondió Ethan—. Y quiero saber por qué estás cerca de mi hermana.

—No sabía que fueras un hermano mayor protector. Eso es tan *sexy* —dijo Diana y lamió sus labios con su rosada lengua—. ¿Puedes ser así de protector conmigo?

—¿Puede alguien explicarme qué está sucediendo? —pregunté molesta—. ¡Ahora mismo!

—Ladrona, falsificadora, estafadora. ¿Cuál título quieres? —preguntó Ethan.

—Los quiero todos —dijo Diana.

Me apoyé contra la mesa del televisor. Oh, vamos. Diana saltó con gracia fuera del sillón y se deslizó cerca Ethan. Él intentó alejarla como si fuera una mosca molesta, pero ella jugaba a su lado como un gato entre las piernas de un humano. No podía estar sucediendo esto otra vez. Se suponía que tendría mi vida normal de vuelta, que no me volvería a ver involucrada con gente de este estilo. ¿Y por qué ella estaba en mi departamento y Ethan no había hecho nada?

—No me sorprende —dijo él.

—Miau. Tienes que ser más suelto, Ethan —dijo ella y se deslizó fuera de su alcance—. ¿No estás contento de verme? Yo lo estoy. He estado pensando en ti.

—Se conocen —dije.

—Hemos tenido nuestros encuentros —respondió Diana y se inclinó más sobre él—. Fogosos e intensos encuentros.

—Como le hagas algo a mi hermana, te volveré a esposar.

—Eso me encantaría —dijo ella—. Solo siéntate, yo puedo montar el espectáculo para ti.

Ethan la miró molesto, pero se sentó en el sillón. Diana le dedicó una felina sonrisa antes de mirarme a mí. Esto tan solo se volvía más confuso y peor a cada segundo.

—No tienes idea de cómo me enciende tu hermano, Emma —dijo ella.

—Eso es algo que no necesitaba saber. Entonces, eres una criminal...

—La mejor que existe.

—Joyas y arte y ha pasado por la cama de cualquier persona importante que imagines, tanto hombres como mujeres —dijo Ethan.

—Pobre espía, nunca pudo atraparme —dijo Diana—. Pero no necesitas presentarnos, tu hermana y yo ya nos conocemos de antes.

—¿En serio? —pregunté al mismo tiempo que mi hermano.

Aquello no era cierto, no tenía sentido para mí. Diana me sonrió y se acercó. Puso una mano sobre cada hombro y besó una vez cada mejilla mía. Me quedé helada al reconocer el gesto al igual que su perfume. Ricci Ricci.

—¿Recuerdas esto? —susurró en mi oído y luego se alejó.

—El *Moulin Rouge*. Eras tú —dije y ella sonrió.

—¿Qué? —preguntó Ethan.

—Tu hermana es una chica mala. Ella necesitaba un contacto dentro si quería engañar a Dreyfus sin darle mucha información —respondió Diana y frunció sus labios en un puchero de pena—. Además, necesitaba a mi juguete favorito de regreso. ¿Qué haría sin ti, Ethan? Mi vida es excitante, pero tú le agregas una intensidad cada vez que intentas en vano atraparme.

—Tú me ayudaste a entrar en el negocio de Dreyfus —dije.

—Te facilité el acceso, pequeña Em, no lo hubieras logrado sin mi ayuda —dijo ella y se inclinó sobre Ethan—.

Deberías haber visto el buen trabajo que hizo tu preciosa hermana. Ella es toda una rompecorazones. No te haces una idea de cómo sedujo al hombre y lo exci...

—No termines eso —cortó Ethan—. No necesito escucharlo.

—Ella podría ser una chica tan mala, casi tanto como yo. Ahora entiendo que se trata de algo de familia lo tuyo —ella se sentó a horcajadas sobre él—. ¿Por qué no me lo dijiste? No tienes idea de todo lo que te haría.

—Por favor, no en mi presencia —murmuré—. Si te quieres tirar a mi hermano, háganlo en el cuarto y luego vengan a hablar conmigo.

—Nunca —dijo Ethan y la empujó lejos, ella sonrió al saltar del otro lado del sillón y pasar los brazos alrededor del cuello de él.

—Ya lo hemos hecho —susurró.

—¿Qué? —exclamé.

—Estaba drogado —dijo Ethan.

—Estabas consciente —corrigió Diana—. ¿Cuándo aceptarás que tenemos algo, Ethan? Me encanta jugar al gato y el ratón contigo, sobre todo cuando te vuelves salvaje.

—Quiero que me quites tus manos de encima y me digas por qué estás cerca de mi hermana.

—Entonces, interrógame, Sherlock —susurró ella en su oído y se alejó—. No estoy haciendo nada malo. Solo pasando tiempo con mi nueva amiga.

—¿Por qué yo? —pregunté y ella negó con su dedo.

—No, no, no. Quiero que lo haga él. ¿Podemos jugar al policía bueno y al policía malo? Porque estoy segura de que puedes llegar a ser un policía muy, muy malo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Ethan.

—Estoy trabajando.

—¿Por qué estás cerca de mi hermana?

—Porque ella es la razón por la cual estoy aquí, ella es mi trabajo.

—No te creo, no tiene sentido. ¿Por qué estarías interesada en ella?

—Protección —dijo Diana encogiéndose de hombros—. No lo sé por qué, solo me dijeron que me acercara a ella y cuidara de la pequeña actriz.

—No es cierto. Tú no trabajas para nadie más que para ti misma —dijo Ethan seriamente—. ¿Qué ganarías con trabajar para alguien?

—Lo único que vale la pena y está fuera de mi alcance. Protección.

—¿En serio? —pregunté.

—Puedo robar cualquier objeto que desee, la paga material no llama mi atención. Puedo conseguir cualquier información que desee con solo meterme en la cama adecuada, la información tampoco llama mi atención.

—No has necesitado de ninguna protección en especial hasta el momento, no como para hacer esto —dijo Ethan—. ¿Por qué la necesitarías ahora?

—Porque me metí con personas que no debía, Ethan —respondió Diana seriamente, cualquier insinuación o sensualidad se había esfumado de ella—. Quise robarle algo a un hombre muy poderoso, pero me atraparon. Me iban a matar, no tenía escapatoria. Crucé la raya. Estuve encerrada, en una sucia celda sin comida y sin agua esperando mi condena.

—Te advertí que tuvieras cuidado —dijo Ethan—. Pero aquí estás, por lo que no moriste.

—Desperté en un tren a Londres con un bolso lleno con todo lo que necesitaba y con un nuevo contacto en mi teléfono.

Necesito esta protección y si mi trabajo es estar cerca de esta chica y asegurarme que esté bien, entonces lo haré.

—¿Quién es tu contratista? —preguntó Ethan estrechando los ojos.

—Janus.

—Nunca oí de él.

—Pero los mejores criminales son aquellos que los espías no saben que existen. Que nadie sabe que existen o conoce sus nombres —dije al recordarlo y Diana me sonrió.

—Exactamente.

—¿Y él es quien te salvó y ahora te protege a cambio que estés aquí con mi hermana? —preguntó Ethan.

—Su orden fue simple. Acércate a la chica y cuida de ella —dijo Diana y estuvo frente a mí—. Entonces, dime. ¿Quién es él? ¿Lo conoces? ¿Acaso te lo has tirado para conseguir esto?

—¿Estás trabajando para un sujeto que ni siquiera conoces? —preguntó Ethan.

—Janus. Y no, no lo conozco —dijo Diana y me miró—. ¿Y tú?

—Nunca escuché su nombre —admití.

—Pues al parecer él escuchó de ti —dijo Diana y se alejó—. Claramente no es su nombre verdadero, se trata de un alias. Entonces, ¿nadie lo conoce? Es una pena, tenía la esperanza de encontrar una respuesta entre los hermanos Bright.

—Janus es el nombre de un dios romano —dijo Ethan.

—Lo sé —respondió Diana y sacó una moneda de su escote para lanzársela—. El dios romano de las dos caras. ¿Suena familiar?

—Para nada —dijo él.

—¿Emma?

—No.

Mentí. En aquel preciso momento supe de quién se trataba. Jack. Estaba segura. Pero callé, preguntándome por qué él habría mandado a Diana a cuidar de mí. Me senté en silencio, siendo completamente ajena a la conversación entre mi hermano y la ladrona en mi casa.

Mi hermano, el respetable y hábil espía, con una ladrona que prácticamente era una prostituta también. Ahora entendía perfectamente por qué él me había dicho que no era nadie para hablarme de asuntos de amor, por qué me estaba encubriendo a pesar de sospechar respecto a mis sentimientos.



